héroes del
ESPACIO

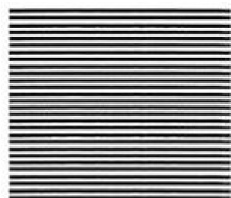
NOVELAS
ECSA

EL FIN DE UN MUNDO

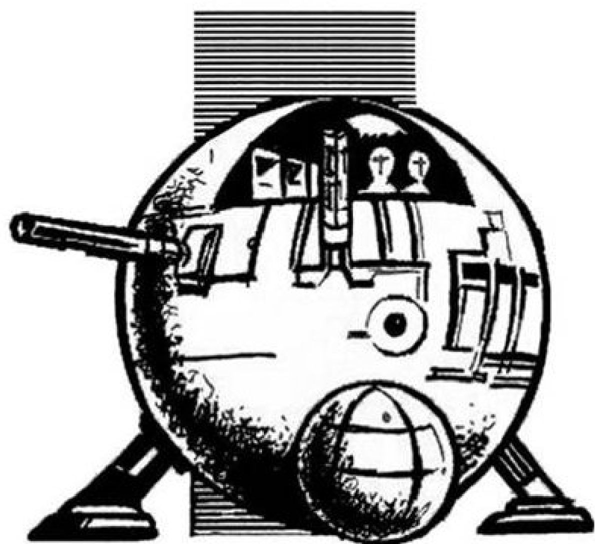
LUCKY MARTY



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

85 - Lloran las estrellas, *Lucky Marty*.
86 - Los abismos del espacio, *A. Thorkent.*
87 - El hombre del futuro, *Law Space.*
88 - Sobrevivir es ley, *Elliot Dooley*.
89 - Asalto al planeta negro, *Rocco Sarto.*

Lucky Marty

El fin de un mundo

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 90
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 35.975 - 1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

A los confines del Sistema Solar, concretamente al satélite artificial, creado por el hombre, que desde hacía años orbitaba el último y lejano planeta Plutón, distante del «padre» Sol a siete mil quinientos veintinueve millones de kilómetros, llegó la angustiosa llamada de la astronave perdida en el hiperespacio.

La voz del astronauta llegaba débil, cascada, como la de un hombre muy viejo que jadea sus últimos alientos:

—¡Atención! ¡Atención...! Solicito prioridad para posarme en las rampas de aterrizaje.

Y al instante, sin dar cuenta al mensaje de respuesta de conformidad, la voz cascada y vieja que procedía del más allá del Sistema Solar se hizo más quejumbrosa y apremiante al anunciar:

—¡Por favor! Traigo muchas averías... ¡Necesito esa prioridad!

En la estación orbital Plutón 1, desde el instante de recibir este extraño e inesperado mensaje, todo fue conmoción y febril actividad.

También asombro y sorpresa.

Allí, en los confines del Sistema Solar, al mismo límite del sistema planetario, desde la creación de la estación orbital Plutón 1 jamás se había recibido un mensaje que procediese del hiperespacio.

Es más; tal posibilidad siempre se había considerado matemáticamente imposible, por la sencilla razón de que la misma palabra era un concepto aplicado a un espacio abstracto, esto es, no perceptible para los sentidos de los hombres que vivían en la civilización del año 2300.

Pero allí estaban los mecanismos que registraban la voz que procedía del más. allá. Allí parpadeaban las luces motivadas por las

células foto-magnéticas, capaces de captar un mensaje que nadie sabía ni podía calcular desde qué confines del Universo procedía.

El jefe de los equipos audiovisuales quedó perplejo ante los complicados y sofisticados mecanismos electrónicos, y lo primero que manifestó su asombro fueron sus labios al exclamar:

—¡Imposible! ¡Nos llega una voz humana desde el hiperespacio!

Uno de los ayudantes también, exclamó, clavando su mirada en la de su jefe:

—¡Dios santo! Eso significa que hay...

—¡Que hay vida más allá de nuestro Sistema Solar! —terminó Robert McGavin.

Al instante comprendió que no había hablado como puro científico y se rectificó:

—No, no... Perdón, muchachos. No he querido decir eso que están pensando. Ya no hay duda de que existen otros mundos, millones y millones de sistemas planetarios si quieren, con vida y posibles civilizaciones que...

Hizo una pausa, pero necesitó precisar:

—¡Pero no pueden hablar nuestro propio idioma!

—Es cierto, señor McGavin. ¡Eso sí que sería asombroso!

—Más que asombroso... ¡Imposible, Gary!

Robert McGavin meneó la cabeza y necesitó remacharse a él mismo:

—¡De todo punto imposible!

—Sin embargo, señor...

—Espera, Gary... Dale la vuelta a ese disco.

—No crea que ha sido una alucinación, señor. Si lo quiere volver a oír, ahí lo tiene.

La cinta electromagnética volvió hacia atrás, para dejar oír nuevamente la voz cascada y vieja que repitió:

—¡Atención! ¡Atención...! Solicito prioridad para posarme en las rampas de aterrizaje.

Y tras unos breves jadeos, más apremiante:

—¡Por favor! Traigo muchas averías... ¡Necesito esa prioridad!

Cada vez más perplejo, el veterano especialista en intercomunicaciones musitó como para sí mismo:

—Dice... «Traigo muchas averías...» Eso parece significar que regresa, Gary.

—Sí, señor McGavin, pero... ¿regresa adónde y desde dónde?

Desde su tablero de mandos, Robert McGavin giró la cabeza hacia la izquierda y solicitó de otro de sus ayudantes:

—A ver, James, ¿cuántas naves tenemos ahora mismo en el exterior?

—Ninguna, señor —informó James Campanela, en su condición de controlador de tráfico espacial—. Todas las patrullas han regresado.

—¿No esperamos ninguna visita desde Neptuno, Urano o Saturno?

—Ninguna, señor McGavin: ni desde Júpiter, Marte ni Venus.

—¿Algún viaje especial desde la Tierra?

—Tampoco, señor.

—Luego entonces, esa misteriosa astronave que se acerca y nos pide aterrizar aquí...

—No hay ningún registro sobre ella, señor. ¡Ningún dato!

—¿Seguro, James?

—Totalmente seguro, señor. La computadora de vuelos así lo dice.

—Bien, bien... Ante todo, serenidad, muchachos.

Pese a la sensata recomendación, el joven Gary Hampton celebró:

—¡Sería estupendo, señor!

—¿El qué, Gary?

—¿Le parece poco? ¡Ser los primeros en comunicarnos con seres inteligentes de otros mundos, de otras galaxias, de otra civilización cósmica!

—Frena la imaginación, Gary.

—Pero la voz de ese tipo está ahí grabada. ¡Ustedes las han oído como yo!

—Eso no quiere decir que pertenezca a otro mundo, a otra civilización cósmica, como tú dices.

—¿Por qué no, señor McGavin? ¿Porque habla y nuestro idioma?

—Que yo sepa, no hay ninguna academia de inglés más allá de nuestro Sistema Solar.

Firmemente ilusionado con su idea, el joven Gary insistió:

—Ni, que yo sepa, jamás nadie nos habló desde el hiperespacio,

señor McGavin.

—Silencio, Gary... ¿Habéis medido bien las coordenadas?

—Sí, señor McGavin. Y Gary tiene razón: procede de fuera de nuestro límite espacial.

—Bien, bien... Eso en sí ya es una gran sorpresa. ¡Lo admito! Jamás ninguna de nuestras astronaves tripuladas se arriesgó a lanzarse al desconocido hiperespacio. Otra cosa son los globos sonda o los satélites y otros mecanismos enviados a las estrellas, pero una cosa así...

Serio y responsable, Robert McGavin siguió reflexionando, hasta que ordenó:

—Conectar las pantallas del radar.

Los mecanismos fueron accionados y, al instante, el vehemente Gary Hampton indicó, extendiendo su nervioso índice:

—Miren ese puntito luminoso. ¡Ahí la tenemos!

Todas las miradas quedaron fijamente centradas en las pantallas del radar, volviendo a ordenar la voz del responsable del departamento:

—Distancias, James.

James Campanela tecleó sobre unos tableros, para poder informar:

—Unas cuatrocientas mil millas, señor.

—¿Velocidad de aproximación?

—No es posible calcularlo fijamente, señor McGavin. Unas veces se refrena y otras se acelera. No lleva una marcha regular.

—Debe ser por lo que nos dijo de las averías —intervino el impaciente Gary.

—Más o menos estimativa, James.

—Pues.. calculo de unas cien mil aliento cincuenta mil millas por hora, señor.

—Bien, bien... Eso nos da tiempo, James. ¡Tengo que informar de todo esto al jefe!

—¡Uf! —resopló el joven Gary—. Ya sabe cómo es el general Bellword, señor McGavin. ¡Ordenará que disparen los rayos láser!

—No lo hará, si se demuestra que en esa astronave viaja un ser inteligente. ¡Y lo demostraremos, Gary!

—¿Cómo, señor?

—Si él ha entrado en comunicación con nosotros, también nos

podrá oír.

—Bien, señor. ¿Qué. le transmitimos?

—Ante todo, que se identifique.

—¡Estupendo! Seguro que nos contestará que se llama John Smith.

—¿No dices que crees que se trata de un extra— terrestre?

—¿Y qué, señor? —replicó sin inmutarse el bromista Gary—. Ese nombre y apellido siempre ha estado muy extendido.

—¿Incluso en el resto del universo? —siguió la broma James.

—¡Uf! Los John Smith creo que han repoblado el Cosmos entero.

Instantes después, la respuesta de la voz vieja y cansada reducía a la mitad la sorpresa, pero no por eso dejaba de ser menos inesperada al informar:

—Soy el teniente Enzo Tamlinson... Hace sesenta y cinco años cinco astronaves Zeiss partimos de la estación espacial Plutón 1, en viaje de exploración bajo el mando del comandante David Wayner. Un viento cósmico nos arrastró fuera del Sistema Solar y nos lanzó al hiperespacio... Por algún extraño fenómeno, las otras cuatro Zeiss explotaron en pleno vuelo y nada pudimos hacer por sus tripulantes, que debieron desintegrarse, puesto que sus astronaves se convirtieron en pequeñas partículas, en polvo casi microscópico.

La voz cascada pareció necesitar tomarse un respiro, antes de seguir:

—Mi tripulación y yo nunca pudimos, hasta hoy, volver a tomar el rumbo de regreso al Plutón 1, ni poder aterrizar en ninguno de los astros sobre los cuales hemos estado orbitando muchos años. Creo que hemos estado sometidos a las fuerzas gravitacionales de otro sistema solar muy similar al nuestro...

Consultando el banco de datos, Robert McGavin exclamó:

—¡Dios mío! Fue en el año 2230 cuando se dio por desaparecida la escuadrilla del comandante David Wayner.

Desde la negrura sin fondo del espacio les llegó la confirmación en forma del siguiente comentario:

—Ya le he dicho que hace sesenta y cinco años partimos del Plutón 1.

—¿Cómo han podido sobrevivir todo este tiempo?

—Sí... Ha sido una eternidad, perdidos en el espacio. Pero las Zeiss disponen de dinamos que recargan las baterías atómicas.

Nuestros alimentos han sido pastillas y sueros sintéticos. Por lo demás, hace diez años

que estoy solo… ¡Totalmente solo! Toda mi tripulación fue muriendo…

—Lo sentimos, teniente Tamlinson… Bien: le iremos transmitiendo el rumbo a seguir. ¡No se aparte de él ni una pulgada!

—No sé si los mandos responderán aún. Aquí todo está muy desgastado. ¡Averiado!

—¿No puede acelerar?

—A veces sí…, otras no. Depende.

—¿De qué, teniente Tamlinson?

—No lo sé en concreto… Yo también estoy muy viejo… ¡Ahora creo tener noventa y cinco años!

—Esfuércese, amigo. Conserve toda su lucidez, por favor. ¡Ya casi está salvado!

—Sí, gracias… Es necesario que llegue… ¡Tengo grandes descubrimientos que ofrecer al mundo!

Y tras nuevos jadeos:

—Esa… ¡Esa ha sido la esperanza que me ha sostenido!

—Bien, bien… Tiene toda la prioridad para posarse en las rampas de aterrizaje.

Al oír aquello, el vivaz Gary Hampton siseó a su jefe:

—Dígale que tendremos que modificarlas. Las Zeiss son astronaves que hace muchos años ya no se utilizan.

—Tendrá que intentarlo, Gary.

—Por supuesto, señor. Ese hombre se merece el más cómodo y caluroso de los recibimientos. ¡Es un héroe resucitado!

James Campanela les escuchó, pero aunque nada dijo, pensó para él:

«Es un pobre anciano, que apenas tendrá fuerzas para llegar…»

CAPITULO II

Los tres mil doscientos hombres y mujeres destinados en la estación espacial Plutón 1, tuvieron ocasión, con aquella sorprendente noticia, de sacudir la monotonía de sus vidas científicas, a tantos miles de millones de kilómetros de la madre Tierra.

Ellos eran los avanzados, los pioneros de aquella nueva frontera en el espacio del Sistema Solar, como hijos de una civilización supermoderna y mecanizada, dispuesta a saltar al hiperespacio exterior para lanzarse a la conquista de las estrellas.

Y ahora resultaba que uno de ellos, el ya anciano teniente Enzo Tamlinson, dado por desaparecido hacía sesenta y cinco años en unión de otras cuatro astronaves Zeiss capitaneadas por el comandante David Wayne, regresaba para hablarles de otros mundos, de otros sistemas planetarios por los cuales había estado errando, como atrapado por la atracción de esos cuerpos celestes.

Milagrosamente, sólo él y su vieja y en desuso Zeiss se habían salvado de fuerzas cósmicas aún extrañas al hombre.

Incluso su tripulación también había muerto. Se dudaba aún de que él mismo fuese capaz de llegar a su punto de partida de hacía tantos años, cuando ninguno de los presentes estaba destinado allí, por una lógica razón: ninguno de ellos había nacido.

Para todos ellos el año 2235 quedaba muy lejos, hundido en el pasado.

Pero de un pasado que ahora se haría palpitante presente, si el anciano astronauta lograba explicarles todas sus inusitadas experiencias de aquel viaje insólito, único en su género, porque en su día ni tan siquiera había sido programado.

Bien mirado, el inesperado regreso de alguien que partió hacía

tantos años para una patrulla normal, podía considerarse como un milagro. En el banco de datos de la estación espacial Plutón 1, exactamente hacía sesenta y cinco años que a las cinco astronaves Zeiss del comandante David Wayne constaban como desaparecidas.

Aunque nunca se había podido consignar el porqué de aquella misteriosa desaparición.

Y ahora, una de las Zeiss regresaba, pilotada por el debilitado y anciano teniente Enzo Tamlinson.

¡Nada menos que sesenta y cinco años, errando por el hiperespacio exterior!

¿No era sorprendente? Sí: casi misterioso.

Por todo eso, los hombres y mujeres destinados en la estación espacial Plutón 1, se lanzaron los más variados comentarios y las más inusitadas hipótesis.

El más excitado de todos parecía ser el joven *piloto* David Lansbury, que se puso a informar a sus compañeros de escuadrilla:

—¡Es mi abuelo! ¡Mi abuelo que regresa!

Estaban en el salón-comedor y pronto el joven astronauta se vio rodeado por todos los que en aquellos momentos descansaban de sus distintas funciones allí. Hombres y mujeres se apiñaron curiosos en torno a la mesa ocupada por el excitado David Lansbury, que insistió en informar:

—Mi madre me contó la historia de la misteriosa desaparición de la escuadrilla en la que volaba su padre.

—¡Vaya, David! —pareció celebrar uno de sus amigos—. Qué callado te lo tenías, chico.

—¡Diablos, Richard! —estalló el joven—. Yo ni tan siquiera conocía a mi abuelo.

—Por supuesto, chico: si hace sesenta y cinco años que partió de aquí, ¿cómo ibas a conocerle? ¡Ni habías nacido!

—Pero eso sí: mi madre siempre me hablaba mucho de él. ¡Fue un famoso astronauta!

—No digas «fue», David —le corrigió una enfermera—. Ahora regresa y será mucho más famoso.

Mirando a la bonita muchacha rubia, David Lansbury se apresuró a corregir:

—Cierto, Lili. ¡Y es estupendo que sea así!

Como haciendo memoria, el veterano ingeniero Oli— ver Wayer

se puso a recordar:

—Un momento, David. ¿No fue Enzo Tamlinson el que inauguró la estación especial Neptuno?

—Sí, amigo. Y la de Urano también. ¡Y esta misma, Plutón 1!

—De manera que David tiene en la familia a un héroe —comentó alguien.

—¡Sí! Y un héroe que resucita.

—Ahora tendrá que contarle muchas cosas interesantes a su nietecito.

La carcajada fue casi general. David Lansbury casi alcanzaba la estatura de dos metros, era recio, fuerte y ancho de hombros, y resultaba muy difícil poder imaginar que el «resucitado» Enzo Tamlinson pudiera contarle todas sus inusitadas experiencias sentándose sobre sus cansadas rodillas.

La alegría de la charla y los comentarios siguieron hasta que el zumbido del intercomunicador interior se puso a anunciar:

—¡Atención! ¡Atención...! Todos los jefes de sección y escuadrilla deben presentarse en el despacho del general Bellword... La conferencia es para dentro de cinco minutos.

El silencio se hizo general en la sala-comedor, insistiendo la voz metálica e impersonal del altavoz:

—Repito: dentro de cinco minutos.

Todos sabían lo que representaba tal premura; al general Joseph Bellword no le gustaba esperar. Cuando el jefe supremo de Plutón 1 daba una orden, era preciso cumplirla a rajatabla.

Como jefe de escuadrilla, David Lansbury debía acudir a la anunciada conferencia. Fue al apartarse de la mesa cuando uno de sus pilotos le recomendó, entre bromista y serio:

—Los botones de tu camisa, David.

—¡Al diablo! Me vienen todas estrechas y tengo que desabrocharlas..

—Sí, amigo; pero ya sabes lo que opina el Búho sobre eso.

Era cierto; el general Joseph Bellword se fijaba en todo y era muy apegado a la pulcritud y la disciplina. Por eso muchos hacía tiempo que le habían puesto el sobrenombre de Búho: un tipo alto y recio, que a sus cincuenta años estaba muy satisfecho de haber conseguido el mando de aquella estación espacial, la más lejana y por el momento la más importante de todas las establecidas en

torno a los distintos planetas del Sistema Solar.

Y para un hombre como Joseph Bellword, eso del mando lo consideraba absoluto.

Totalmente absoluto e integral, sin fisuras, sin aceptar nunca las opiniones de sus subordinados, sin admitir la más mínima indisciplina.

Unas cuarenta personas, entre hombres y mujeres, se pusieron en movimiento para acudir al despacho del general Bellword, situado en la séptima planta de aquella maravilla de la ciencia y la técnica, que permitía a la inquieta y audaz raza humana seguir existiendo a más de siete mil millones de kilómetros de distancia del Sol, con las comodidades más modernas que pudieran disfrutarse en la misma Tierra.

Había más; en aquel habitáculo gigante capaz para tres o cuatro mil personas, montado pieza a pieza de acero, vidrio irrompible, plásticos endurecidos y otros mil materiales mil veces probados, existían unas condiciones de vida inmejorables, gracias a los más sofisticados instrumentos que entraban en juego por la sutil inteligencia humana.

Excepto de vegetación y luz solar, que apenas les llegaba como una tenue claridad hasta allí, los que habían solicitado aquellos destinos podían disfrutar de todo lo imaginable. Incluso se decía —y el tiempo empezaba a demostrar que ello era verdad— que en Plutón 1 se envejecía con una proporción de la mitad del tiempo que en la Tierra.

Los exámenes médicos empezaban a asegurar que, cualquier ser humano establecido allí durante cuarenta años, tan sólo sufría el desgaste físico de unos veinte. Fuese el menor peso específico de la fuerza gravitacional, el nulo soporte de ciertos rayos gamma, la total carencia de contaminación atmosférica o bien el régimen de vida impuesto por las circunstancias de habitar allí, lo demostrable era que ciertos órganos vitales del cuerpo humano soportaban el paso de los años sin la menor alteración.

Resumiendo de forma jocosa todo eso, muchos de los hombres y mujeres destinados allí solían decir que en su pequeño mundo sólo existía un mal.

El jefe, el general Joseph Bellword.

De cualquier manera, aquello era soportable. Cada uno cumplía

con sus obligaciones específicas y así los estallidos de cólera del Búho tenían que reducirse al mínimo. En el peor de los casos, se le escuchaba revestido de paciencia y en paz.

Hasta la próxima bronca o amonestación.

Por otra parte, el Búho casi nunca cumplía sus amenazas. Allí todos estaban convencidos de que adoptaba aquella tirante actitud para demostrarse a él mismo que era el que realmente mandaba. El jefe absoluto e imprescindible, sin el cual la estación espacial no podría cumplir las misiones para las cuales había sido instalada allí, como pionera de la soñada conquista de las estrellas.

Las cintas transportadoras de los amplios pasillos y los ascensores se llenaron con los jefes de sección y de escuadrilla que acudían al despacho del general Bellword. Los comentarios entre este personal adivinaban que el motivo de la inesperada reunión trataría del último acontecimiento.

El inusitado regreso del teniente Enzo Tamlinson a la base de la que había partido para una misión de rutina, en el año 2235, hacía la friolera de sesenta y cinco años.

Su vieja y averiada astronave Zeiss, seguía acercándose a velocidades irregulares hacia Plutón 1.

El Búho les llamaba para ponerles al corriente, de una forma «oficial», como solía decir, de todo aquello.

No fue casualidad que David Lansbury encontrase en uno de los ascensores a la mujer de la cual se creía profundamente enamorado. La joven y bella doctora Pamela Ross era jefe de clínica de los servicios sanitarios de Plutón 1 y por ello resultaba natural que también acudiese a la reunión.

Los dos jóvenes se miraron sonrientes y la mujer rubia deseó confirmar:

—He oído por ahí que ese viejo astronauta que regresa es tu abuelo, David.

—Así es, Pamela.

—¡Eso es magnífico!

—Lo es. ¡Al fin voy a conocer al famoso padre de mi madre!

—Nunca me hablaste de él, David.

—La verdad es que creo que todos le habíamos olvidado. Se le dio por muerto hace mucho tiempo.

—Es como un milagro —también opinó la doctora Ross, para

añadir—: No sé cómo ha podido sobrevivir, metido en esa vieja astronave.

—Las Zeiss se construyeron a conciencia.

—Sí… ¡Pero hace más de medio siglo!

—No importa; entonces se empleaban materiales muy consistentes y eran propulsadas por baterías atómicas, que mediante unas complicadas dinamos, se recargaban periódicamente.

—¿Y qué me dices del agua y los víveres?

—De eso sabes más tú que yo. Y no olvides que, mediante procesos químicos, también con vapor condensado atómicamente, se pueden conseguir alimentos sintéticos medianamente aceptables.

—¡Pobre hombre! Robert me ha dicho que también su tripulación murió. Viaja solo desde hace unos diez años.

—Sí… Debe ser un hombre singular. Y sea mi abuelo o no, me gustará mucho poder hablar con él.

Como jefe de los ingenieros, el veterano Oliver Wayer también escondía en aquel ascensor y, al oír los comentarios de los dos jóvenes, a su vez ponderó:

—Por fuerza, un hombre que ha soportado toda esa larga tragedia, debe ser muy interesante.

Las puertas del ascensor se abrieron por sí solas, y al enfilar por el amplio pasillo camino del despacho del general Bellword, todos guardaron silencio.

Ahora vendría la «ceremonia» de la identificación individual, de la entrada uno por uno en aquel monumental y grandioso despacho, en donde una máquina electrónica de complicados circuitos, iría aceptando o rechazando las cartulinas plastificadas, cada una de ellas con isótopos correspondientes a su poseedor: numeración atómica planificada.

Las más estrictas medidas de seguridad tampoco se habían olvidado en Plutón 1.

Hasta que al fin, la figura alta y recia del general Joseph Bellword, tan altiva y estirada como siempre, apareció ante todo los convoyes y su único saludo fue:

—Quiero que sepan que acabo de decidir que el teniente Enzo Tamlinson… ¡no debe regresar a esta base!

Todos los presentes le miraron confusos, atónitos, perplejos.

Pero el general Joseph Bellword ni se inmutó por eso.

Se limitó a sentarse tras su mesa de despacho' y se dignó a añadir:

—Ahora les diré el porqué de mi acertada decisión…

CAPITULO III

Adelantándose a los del grupo, el vehemente David Lansbury empezó a objetar:

—Mi general: eso que acaba de decir me parece...

La mano alzada, con gesto enérgico y altivo, Joseph Bellword atajó al joven:

—¡Un momento, por favor!

Volvió a reinar el silencio, en el que pareció recrearse el general Bellword, antes de añadir, tras barrer con su mirada a todos los presentes, para centrar al fin las pupilas en el joven piloto:

—Que yo sepa, nadie le ha pedido su opinión, comandante Lansbury.

—Pero usted ha dicho que mi abuelo... quiero decir el teniente Enzo Tamlinson, no debe regresar a esta Base.

—Compruebo que me ha oído usted bien, comandante Lansbury.

—Pe... ¡Pero eso no puede ser, señor!

—¿Por qué no?

—Pues porque... Bueno: entre otras muchas razones, porque sería injusto. ¡Inhumano!

—Aquí soy yo el que decide lo que es justo y humano, comandante Lansbury.

—¡No puede permitir que ese hombre muera, señor! —insistió el joven piloto.

—¿Quién le ha dicho que puede morir?

—Es ya un anciano, señor. ¡Lleva una eternidad, perdido en el hiperespacio!

El general Joseph Bellword miró por un instante un dosier que tenía sobre la mesa, para concretar tras consultar los datos:

—Exactamente sesenta y cinco años, comandante Lansbury.

—¿Y le parece poco?

—Voy a decirle lo que me parece, después de consultar con el banco de datos sobre éste caso. Aquí dice que en el año 2235, exactamente el 15 de junio y a las 12,30, cinco astronaves Zeiss de la escuadrilla del comandante David Wayner, partieron en vuelo rutinario de patrulla… ¡Y no regresaron!

El general Bellword hizo una pausa para mirar a todos los presentes, antes de volver a consultan

—Muchas horas después del tiempo fijado para su regreso, no se les pudo localizar, por ningún medio. Ni por el radar, ni por los circuitos interplanetarios, se les pudo localizar. Simplemente habían desaparecido. ¡Se habían como volatilizado!

—Todo eso ya lo sabemos —se atrevió a decir David Lansbury.

—Pero por lo visto ignora que, oficialmente, terminó por dárseles por desaparecidos.

Lo de «oficialmente» lo recalcó mucho la voz del general Bellword, que deseó recalcar:

—De lo cual deduzco, también oficialmente, que tanto la Zeiss que pilotaba el teniente Enzo Tamlinson, como las otras cuatro… ¡hace muchos años que ya no cuentan! ¡Ya no existen!

—Permítame, general Bellword: eso es un absurdo.

—¿Cómo se atreve? —increpó el jefe supremo del Plutón 1.

—Me atrevo, señor, porque es una realidad palpable que, pesé al largo tiempo transcurrido, ahí fuera y luchando con mil dificultades y averías, el teniente Enzo Tamlinson regresa. ¡Ha pedido permiso para aterrizar aquí!

—¿Cómo sabemos que realmente es él?

—Se ha identificado, señor.

—¡Bah! Eso lo puede transmitir cualquiera.

Algo perplejo, David Lansbury indagó:

—¿Cómo dice, señor? ¿Es que teme que no se trate de una de las Zeiss que partió de aquí?

—Pudiera ser…

—Incluso en ese caso… ¡Debemos auxiliar a quien solicita ayuda!

—¿Incluso con el riesgo de introducir aquí a un… a un posible enemigo?

—¡Dios santo, señor! ¿Pero a qué clase de enemigo teme usted,

mi general?

—No tengo por qué darle explicaciones, comandante Lansbury.

En su cólera contenida, el joven piloto osó puntualizar, al señalar con el brazo vuelto hacia todos sus silenciosos compañeros:

—Se equivoca, señor. El que sea usted el jefe del Plutón 1, no quiere decir que no tenga que consultar con todos nosotros. Sobre todo en un caso así.

—¡Eso es ridículo, Lansbury! Un jefe, un auténtico y verdadero jefe, en todo momento debe saber tomar sus decisiones. Y mi obligación como tal es...

—Su obligación es tratar de socorrer a ese pobre anciano.

—¿Por qué, Lansbury? ¿Porque se trata de su abuelo?

—Eso es secundario, señor. Simplemente incidental. ¡Pero no lo es que se trata de un ser humano!

Con un gesto vago de su mano medio alzada, Bellword objetó:

—No estamos muy seguros de eso.

—Señor, si me permite —también se adelantó el veterano ingeniero Oliver Wayer.

—¿Qué es lo que tengo que permitir a usted, Wayer? —refutó el general.

—Pienso como David, señor: si esa astronave NECESITA aterrizar aquí, se trate del teniente Enzo Tamlinson, o de quien sea, esté dada de baja o no desde hace años... ¡Se le debe permitir!

Levantándose con energía, el general Joseph. Bellword deseó enfrentarse a todos los presentes, aunque clavó su feroz mirada en el veterano ingeniero y exclamó:

—¡Por favor, señor Wayer! ¿Tendré que recordarles a todos que soy el único responsable de esta estación espacial?

—En cierta medida, nosotros también lo somos, señor —se atrevió a puntualizar la doctora Pamela Ross.

Tras clavar los ojos en ella, el general Bellword quiso puntualizar a su vez:

—Señorita Ross... Su responsabilidad se limita a las cuestiones clínicas.

—Cierto, señor. Y por eso me preocupa ese hombre. Sin duda debe regresar enfermo, y aunque sólo sea por su avanzada edad...

—Muy bien, doctora Ross. Ya que me lleva a ese terreno, les recordaré que, incluso por encima de usted y todo el cuadro médico

del Plutón 1, yo soy realmente el responsable de la salud de cada uno y de todos los hombres y mujeres destinados aquí.

—Nadie le discute eso, señor.

—Por lo tanto, admitida la posibilidad de que el teniente Enzo Tamlinson sea el que regresa conduciendo esa Zeiss... ¡También se debe admitir que puede ser portador de alguna desconocida enfermedad espacial!

—¿Y teme que pueda contaminamos, señor?

—¡Exactamente, señorita Ross!

—Contamos con medios profilácticos para evitar eso, señor.

Con cierto desprecio en la voz y en el ademán de su mano, el general Joseph Bellwod rechazó:

—No hable de lo que desconoce, doctora Ross. ¡Jamás un ser humano ha estado más allá de nuestro sistema solar! Y según toda esta documentación que tenemos delante, ese hombre ha estado más de medio siglo Vagando por el hiperespacio.

—Razón de más para atenderle. Incluso desde el punto de vista médico, para estudiar su caso, señor.

—Ni usted, ¡ni nadie!, puede asegurar que no sea portador de gérmenes o microorganismos perjudiciales para nosotros. ¿Y qué nos pasaría en un caso así, doctora Ross?

—¡Tengo una idea! —volvió a intervenir David Lansbury.

—Partiendo de usted, comandante... ¡Seguro que será «genial»! —comentó Bellword.

—Podemos salir en su búsqueda —propuso el joven piloto, sin inmutarse por la ironía de su jefe.

—¡Prohibido terminantemente! —rechazó el general.

—¿Por qué, señor? Con una de nuestras modernas naves, será cosa fácil hacernos con esa vieja y pequeña Zeiss. Le transmitiremos que apague todos sus motores, que se estabilice en el espacio y que espere a que le transportemos nosotros.

David Lansbury se volvió hacia sus compañeros para buscar en sus ojos la aprobación de lo que proponía, animándose a seguir;

—Durante el regreso, tendremos tiempo de examinar cuidadosamente esa nave y a su tripulante. Todas las medidas de seguridad podrán ser tomadas, señor. Nuestros detectores podrán comprobar si algo no marcha bien, y en cuanto al examen médico de ese pobre anciano...

—¿Se está proponiendo usted mismo para un ascenso, comandante Lansbury?

Medio perplejo, David Lansbury miró fijamente a su superior al decir:

—No... No le entiendo, señor.

—Pues es bien fácil, amigo... Usted quiere contar en la historia como el salvador de su famoso abuelo,

Enzo Tamlinson, rescatándole después de un largo y misterioso viaje por el hiperespacio. ¿No es así?

Hondamente ofendido, el joven jefe de escuadrilla quedó rígido, enderezado en toda su elevada estatura ante la mesa de su sonriente superior, rechazando muy serio:

—Señor, no pensaba en nada de todo eso. Y si usted se niega con absurdas «razones» a salvar a ese anciano, yo... yo...

—Siga, Lansbury, por favor... ¿Usted qué?

—¡Lo haré yo por mi cuenta y riesgo!

Al oírle, Joseph Bellword volvió a levantarse, casi gritando histéricamente:

—¡No le daré permiso!

—Con él o sin él, saldré en su búsqueda —decidió el joven piloto, no menos firmemente.

Extendiendo el brazo enérgicamente para señalar la salida, el general Bellword bramó:

—¡Fuera! ¡Fuera ahora mismo de aquí, comandante Lansbury!

—Gracias, señor... ¡No soporto más su presencia!

—Y otra cosa... ¡Queda usted arrestado en sus habitaciones!

No había hecho más que salir David Lansbury, cuando el general Bellword se volvió hacia todos los presentes y palmeó al indicar:

—Cada uno a su puesto... ¡Y ya conocen mi decisión!

Todos salieron de allí en silencio. Pero nada más ganar el pasillo y recuperar sus cartulinas de identidad, se pusieron a comentar.

Cada uno expresaba sus opiniones...

CAPITULO IV

Introducida en la ranura junto a la puerta, los isótopos radiactivos de la tarjeta de David Lansbury marcaron una numeración cifrada en el casillero de identificación junto a Robert McGavin, que al instante pidió a uno de sus ayudantes:

—Es el comandante Lansbury; dejadle entrar.

El joven piloto caminó hacia el amigo, al indagar tras saludar con la mano alzada a los otros:

—¿Conoces las órdenes del Búho?

—Acaba de transmitirlas —dijo Robert McGavin. —¿Qué piensas hacer, Robert?

Los dos amigos se miraron en silencio, hasta que el encargado de las intercomunicaciones manifestó, cabizbajo y con la voz queda:

—Nada, David... Ninguno de nosotros podemos hacer nada, lo siento.

—¡Vamos, Robert! ¿Vas a transmitirle a ese anciano que le rechazamos? ¿Que no le permitiremos que se acerque más aquí?

—No soy yo quien decide, David.

—¡Maldita sea! ¡No se puede sentenciar a muerte a un hombre como Enzo Tamlinson!

—Siento que se trate de tu abuelo.

—¡Al diablo eso! No me vengas tú también con ésas, Robert. Se trata de un anciano, de un ser humano, seguramente que profundamente triste y atormentado, por todo lo que habrá tenido que soportar en todos esos largos años.

Y en su vehemencia imaginativa añadió:

—¿Tú puedes figurarte lo que debe ser una cosa así, Robert?.

—Más o menos, David. ¡Algo realmente espantoso!

—Y ahora, cuando al fin el pobre logra regresar, alegando unas

«razones» de seguridad muy rechazables, se le tiene que decir que no se le quiere aquí. Que «oficialmente», como alega el Búho, está muerto. ¡Que se vaya al infierno!

—Sí, pero el general Bellword…

—¡El Búho es un cretino! —rechazó al instante David Lansbury —. Un tipo orgulloso y absurdo, de miras muy estrechas y ridículamente romas, que no ve más allá de sus narices.

—Algún día tendrá que dar cuenta de todo esto al Gobierno Central.

—Sí, Robert; pero lo que interesa es lo que pasa ahora. ¡Y no estoy de acuerdo y saldré en busca de ese hombre!

—¡Diablos, David! ¿Vas a insubordinarte?

—Llámalo como quieras, Robert. ¡Saldré a por mi abuelo en mi nave!

—Pero… ¡Tendrás que contar con tu tripulación!

—Eso está hecho, hombre.

—Sí, pero… ¿Qué me dices de los de las rampas de lanzamiento?

—Les convenceré también.

—¡El Búho los arrestará después!

—Que lo haga. Durante el vuelo, nos pondremos en comunicación con la Tierra. ¡Ya verás como lo aprueban allí!

—¿Estás seguro, David?

—Calculo que una cosa así les debe interesar mucho.

Y al instante se puso a opinar, con la vehemencia característica de su temperamento;

—¿Tú te figuras lo que puede significar rescatar a un hombre que ha tenido que viajar fuera de nuestro sistema solar, por el hiperespacio, durante sesenta y cinco años?

—Sí, chico… ¡Debe haber visto mucho!

—¿Visto? ¡Su experiencia es inconmensurable, hombre! Puede traemos información muy importante, vital. Algo que nos puede ahorrar años y más años de investigaciones. Miles de ensayos y experimentos.

Robert McGavin pareció reflexionar antes de manifestar:

—Como dices tú, el Búho es un estúpido.

—Algo peor que eso, Robert. Ese tipo se niega a tener aquí a alguien que le pueda hacer sombra. Le molesta la idea de que cualquier otro científico pueda ser más que él. Por eso se aferra a

esas razones de seguridad y a que «oficialmente» Enzo Tamlinson está muerto.

—Nunca le caíste simpático, David.

—También sé por qué, Robert.

—¡Toma, y yo!

—Como otros muchos, ha puesto sus ojos en Pamela.

—Es que… ¡la chica es un bombón!

—¿Tú también, Robert?

—Perdona, chico; pero tengo ojos en la cara para ver y apreciar la belleza. ¡Es una mujer exquisita y hermosa!

—Olvida eso y atiende a mis planes.

Pero Robert McGavin empezó a agitar sus manos, al rechazar:

—No, no, amigo. ¡Nada de eso, David! Yo no quiero saber nada más de tus planes.

—¿También temes al Búho?

—¿Y quién no?

—¡De acuerdo! ¿Pero me ayudarás en todo lo que no te comprometa?

Tras dudar un instante, Robert McGavin aceptó al fin:

—¡Tú lo has dicho, David! En todo lo que no nos comprometa en este departamento, ¡sí!

Desde el fondo, Gary Hampton, James Campanela y otro de los ayudantes de Robert McGavin se pusieron a aplaudir al escuchar a su jefe. Este sonrió, pero tras cambiar la expresión de su rostro les gritó falsamente enfadado:

—Vosotros a trabajar. ¡Nadie os da vela en este entierro!

—Hablando de «entierros», Robert.

—Tú dirás, David.

—No transmitas aún a ese pobre anciano que no le quieren aquí.

—Pero la orden del Búho…

—Si lo haces ahora, el pobre hombre se puede desesperar y en su amargura…

—No creas que está muy lejos. Su vieja Zeiss avanza muy lentamente por algunas averías, pero…

—Oye, Robert… ¿Sería faltar a tu deber comunicarle que tiene a su nieto aquí? [4]

—Hombre, yo…

—Eso está hecho, comandante Lansbury —aceptó desde el fondo

Gary Hampton.

—¡Tú a callar! —volvió a reprenderle Robert McGavin.

Pero David Lansbury salió de allí muy reconfortado.

Era hermoso tener buenos amigos.

Hermoso y necesario, sobre todo cuando se vivía en «mundos» tan reducidos como el metálico Plutón 1.

* * *

Al fondo del pasillo reconoció a los del Cuerpo de Seguridad, pero tranquilamente David Lansbury siguió caminando hacia ellos. Y cuando llegó a su altura saludó jovial:

—Hola, sargento Perry.

—Debe estar usted en sus habitaciones, comandante Lansbury.

—No se preocupen: voy hacia allí.

—La orden es…

—Lo sé, sargento. El Búho me la dio personalmente.

Al oír lo del Búho, tanto el sargento como sus dos hombres iniciaron una leve sonrisa. Pero al instante recompusieron sus rostros y totalmente serio el sargento Perry deseó saber:

—¿Tendremos que acompañarle, comandante?

—Como quiera, sargento; pero le he dicho que voy hacia allí.

—En ese caso… Hasta luego, Lansbury.

—Hasta más tarde, sargento.

Pero David Lansbury no se encaminó hacia las habitaciones que tenía destinadas. Antes de confinarse allí tenía que concretar algunas cosas y visitó a algunos amigos, aunque con la mayor discreción.

Tampoco olvidó pasar por el departamento de sanidad. Lo que tenía que tratar con la doctora Ross era de suma importancia.

Para los dos.

De lo que decidiese Pamela Ross dependía el destino de sus vidas.

CAPITULO V

La X-Z partió como una exhalación de la rampa de lanzamiento, alejándose de la estación espacial Plutón 1, como cuando una mosca remonta el vuelo.

Al instante, los resortes de alarma empezaron a funcionar.

Desde su despacho, el general Joseph Bellword se puso a exclamar, fijos los ojos en las pantallas del radar:

—¡Lo ha hecho! ¡Se ha atrevido ese loco!

Al instante pulsó el visófono, y cuando el rostro del coronel Tom Collins apareció en la pantalla se puso a bramar;

—¿Cómo lo ha permitido, coronel? ¡Mis órdenes eran bien concretas!

—Lo... lo siento, señor. Nos... ¡Nos han sorprendido!

—¡Usted y sus hombres quedan arrestados!

—Mi general, yo...

—¡No se hable más! Ahora mismo le mando al sargento Perry para ahí.

En la pantalla del visófono el rostro del coronel Tom

Collins adquirió una mueca de profundo disgusto, pero aceptó:

—Usted manda, general Bellword... ¡Pero yo también ahora mismo me desentiendo de todo!

—¡Un momento, Collins!

—Usted dirá, señor.

—Antes de abandonar su puesto, tendrá que cumplir otra orden mía.

Los dos hombres seguían atentamente observándose a través de las respectivas pantallas de sus visófonos, guardando silencio el coronel Tom Collins, hasta que escuchó:

—¡Dispare la batería del láser!

—¿Có… cómo dice, señor?

—Me ha entendido perfectamente, Collins. ¡Hay que derribar a ese loco!

—¿Se refiere al comandante Lansbury, señor?

—¡Dispare ya! ¡No permita que se aleje más!

Nuevo silencio que se fue prolongando, hasta que el coronel decidió:

—Lo siento, señor. Usted mismo me acaba de relevar del mando.

—¡Collins! ¡Collins!

—Le escucho, señor.

—Déjese de tanto «señor» y ceremonia y cumpla mi orden. ¡Y ahora mismo!

—No puedo, señor… Ya estoy sin mando… ¡Y arrestado!

—¡Maldito sea, Collins! ¿Debo considerar todo esto como un complot contra mí?

—Considérelo como quiera, señor. Pero no ordenaré que disparen contra esa X-Z.

—¿Quién va en ella?

—El comandante Lansbury y toda su tripulación… Además de la doctora Ross y todo un equipo de especialistas, para examinar la vieja Zeiss del teniente Enzo Tamlinson.

—De manera que se proponen salirse con la suya, ¿no es así?

—Eso parece, señor.

—Pues tome buena nota, coronel: nadie… ¡absolutamente nadie, debe regresar a Plutón 1 sin mi consentimiento! ¿Lo ha oído bien, Collins?

Con una flema que era muy característica de él, el coronel Tom Collins volvió a recordar a su disgustado jefe:

—Lo siento, mi general. Pero esas órdenes se las tendrá usted que transmitir al teniente Hackins. Yo me voy para mis habitaciones, relevado del mando.

—Collins… ¡Me está usted haciendo perder la paciencia!

—Y usted a mí, señor.

—¡Maldito traidor! ¿Voy a abrirle a usted un expediente tal, que no tardará en verse trasladado a los anillos de Saturno!

—Haga lo que crea conveniente, señor. Prefiero el riesgo de morir allí, a vivir con la sucia conciencia de haber fulminado con el láser a los que son amigos míos.

—Está bien, Collins. ¡Usted se lo ha buscado! Dígale al teniente Hackins que se ponga.

Pero, muy tranquilamente, el coronel Tom Collins no le dijo a su ayudante que acudiese al visófono.

Sencillamente colgó.

Y luego, muy despacio, se retiró a su aposento silbando por los pasillos, corredores y ascensores una vieja pero alegre cancioncilla de sus años mozos.

* * *

Consciente de la decisión tomada, de la gran responsabilidad adquirida al haberse hecho seguir por todos los amigos y compañeros ya embarcados en aquella peligrosa aventura, David Lansbury conducía la moderna astronave X-Z con suma atención. Ultrasensibles sensores le transmitían, en la pantalla del radar las constantes oscilaciones de la vieja astronave Zeiss que se habían lanzado a buscar.

Observando los instrumentos calculó que, con una marcha tan irregular y alterada, ora acelerando, ora refrenándose, mal podrían conseguir albergarla en los hangares de la X-Z, para un previo examen que debía darles la tranquilidad para regresar con ella a la estación espacial Plutón 1.

David Lansbury también temió que, o su anciano abuelo ya había olvidado cómo se conducía una astronave, o bien ésta, vieja y gastada por el tiempo, no se dejaba pilotar con la mínima seguridad para mantener su marcha.

Otro temor le irritaba: la idea de que el Búho llegase a tener razón al decidir dejar a la gastada Zeiss a su incierta suerte. Y además, eso le daría pie al rígido general Joseph Bellword para «emplumarles» bien y duro a todos ellos, por haberle desobedecido.

De cualquier forma, la suerte ya estaba echada.

Habían salido a la «caza» de la Zeiss y, aunque fuese enlazándola y arrastrándola, regresarían con ella.

En un momento dado David Lansbury; miró a su copiloto Richard Morrow y le volvió a pedir:;

—Insiste, Richard. ¡Tiene que recibir nuestros mensajes!

—¿Y qué crees que estoy haciendo? He probado por todos los circuitos y longitudes de onda. ¡No recibo ninguna señal!

—Pues bien que habló con Robert McGavin.

—A lo peor ese vejestorio ya se ha olvidado de hablar.

—Más respeto, Richard. ¡Es mi abuelo!

—Perdona, chico... Es que estoy nervioso y...

—¿Qué pasa, Richard? ¿Temes por el recibimiento que nos puede estar preparando el Búho?

—Esa es otra... No creas que nos abrirá sus «paternales» brazos cuando nos vea regresar.

—¡Bah! ¿Qué nos puede hacer?

—¡Casi nada, amigo! Pedir que nos trasladen a los condenados anillos de Saturno. ¡Creo que aquello es un infierno!

—¡Tonterías!

—Sí, sí... ¡Pues cinco amigos míos han muerto allí...! ¡Y a pedradas!

Era preciso levantar la moral y el comandante de la X-Z se interesó:

—¿Cómo es que murieron a pedradas?

—¿Ah, pero es que no sabes cómo están constituidos los famosos anillos de Saturno?

—Más o menos sí, hombre.

—Pues los forman miles de millones de piedras, grandes y pequeñas de todos los tamaños imaginables. Hay astrónomos que sostienen la teoría de que antes todo eso era uno de los muchos satélites naturales de Saturno, hasta que se desintegró en miles de millones de fragmentos, que han quedado flotando y circunnavegando en torno al planeta, por alguna extraña fuerza de gravedad que los mantiene así. Y esas condenadas y caprichosas piedras, de vez en cuando se liberan de su centro de gravedad y... ¡zas!, salen disparadas en todas direcciones...

Richard Morrow miró a su jefe y añadió:

—¡Y ya te puedes imaginar lo que le ocurre a uno, si le alcanza uno de esos pedruscos locos!

—Hombre, si lo pones así... Aunque creo que allí se trabajará con cierta seguridad, ¿no?

—A ninguno de mis cinco amigos les sirvió de nada. Llevaban trajes espaciales, con un buen casco protegiendo sus cabezas, pero... ¡Menuda fuerza debe llevar una pedrada así!

—Resumiendo, Richard: que ya te ves desnucado por uno de los pedruscos de los anillos de Saturno.

—Allí nos mandará de cabeza a todos nosotros el Búho.

—No lo creo: dentro de unas horas recibiremos la contestación de la Tierra. ¡Seguro que allí aprueban nuestra acción!

—Que Alá te oiga, porque si no es así... ¡Un momento!

El excitado Richard Morrow prestó más atención a los instrumentos para indicar al fin al manejar el dial:

—¡Ahí le tenemos!

Una voz vieja, cansada y cascada, se dejó oír ai decir:

—¡Atención! ¡Atención, X-Z...! Espero que me reciban ahora... ¿Es cierto que vienen ustedes a por mí? Yo sí les he podido escuchar bien todo el tiempo, pero mis aparatos transmisores a veces fallan y...

Nuevos chirridos, el hilo de voz que se alejaba, hasta que de nuevo transmitió:

—No... no puedo creer que sea cierto que mi nieto David esté ahí... Me parece imposible que...

Al oír aquello, David Lansbury sintió que extrañamente se emocionaba. Nunca había conocido a aquel hombre que ahora les hablaba, como resurgido del fondo infinito del tiempo y el espacio, como rescatado por algún milagro de las mismas entrañas del Universo.

Por eso conectó el piloto automático y a su vez se puso a transmitir:

—¡Es cierto, abuelo! Soy David Lansbury Tamlison. Hijo de Sther Tamlison Rayler, tu hija... ¡Y es un regalo de los dioses que ahora tú y yo podamos hablarnos, abuelo!

—¡Hijo mío! ¡Cuántas cosas han tenido que ocurrir para que se dé esta maravillosa casualidad!

—No creo en las casualidades, abuelo... ¿No sabes que yo pedí un puesto en Plutón 1, porque tú habías desaparecido aquí? ¡Qué alegría me da el oírte! Todos te creíamos muerto y...

—Casi lo estoy, David, muchacho... Ya soy muy viejo y me siento muy débil. Yo... yo apenas puedo moverme y...

—No te fatigues, abuelo. ¡Pronto estarás con nosotros!

—David, hijo, te digo que casi no... no puedo hacer...

—Escucha bien —volvió a interrumpirle con su nerviosa premura—: Richard, mi copiloto, te irá transmitiendo todas las instrucciones.

—Bien, bien...

—Cúmplelas todas al pie de la letra. ¿Me has oído, abuelo?

—Sí, hijo, sí... Ahora parece que esto funciona bien.

—Es que vamos acortando la distancia.

—¿Qué debo hacer, David? Estoy muy fatigado y yo...

—Te repito: tendrás que seguir todas las instrucciones. Tendrás que estabilizar tu vieja Zeiss.

—Lo... lo intentaré. Pero ya os he dicho que tengo muchas averías. Los mandos no obedecen siempre y... mis manos... mis dedos tampoco me siguen siempre y yo... yo...

Todo aquello resultaba altamente angustioso. Y no solamente en un plano afectivo, porque aquel anciano fuese el abuelo del comandante de la X-Z. En aquel arriesgado intento de salvamento también entraban en juego otros muchos factores, no menos importantes.

La cruda realidad también se imponía. El anciano teniente Enzo Tamlinson resultaba ser el único ser vivo que regresaba del más allá, de los confines sin límites del espacio exterior, en donde había permanecido nada menos que sesenta y cinco años.

¡Sesenta y cinco años!

Y a buen seguro que sus inusitadas y sorprendentes experiencias vendrían a ser algo así como sesenta y cinco siglos para que la raza humana adelantase en sus futuras exploraciones cósmicas.

Algo en sí de un incalculable valor científico.

CAPITULO VI

También el copiloto Richard se esmeró en sus cálculos y en la precisión de sus instrumentos.

De cualquier manera, pese a la general colaboración de todos los que viajaban en la X-Z, durante varios minutos todos ellos se jugaron generosamente sus vidas.

Poco después, cuando el peligro pasó, cuando todos respiraron satisfechos de la colectiva hazaña, muy inspirado en sus apreciaciones el veterano ingeniero Oliver Wayer lo celebró con estas palabras:

—Se dice que el mayor espectáculo del Universo es el de un hombre valiente que lucha contra la adversidad; sin embargo, todavía es más grande el de aquellos que acuden a socorrerle…

Hubo aplausos, sonrisas y comentarios como el del propio comandante David Lansbury, que le dijo al ingeniero:

—Ha estado usted genial, Wayer. ¡Bonitas palabras!

—Es lo que hemos hecho todos nosotros, David.

—Sí, pero usted lo ha dicho muy filosóficamente.

Bromeando aún, Oliver Wayer se encogió de hombros como pidiendo disculpas a sus amigos al decir:

—No puedo evitarlo… ¡Soy así de pelmazo!

—Bien —decidió David Lansbury— Que bajen los especialistas con los detectores. ¡Y no dejen de examinar una sola pulgada de esa vieja astronave!

—¿Usamos los contadores Geygers, comandante?

—Utilicen todo lo que quieran. Pero quiero su informe lo antes posible.

—Vamos allá.

—Otra cosa, Pamela; tú prepárate a examinar a conciencia al

tripulante, nada más terminen ellos.

—Lo siento, David; pero eso nos llevará horas —anunció la joven doctora—. Ten en cuenta que se deberán hacer análisis de sangre, de piel, radiografías y otras muchas cosas.

—A mí me basta con que me digas que, sin ninguna clase de contaminación ni peligro inmediato de cualquier posible contagio, puedo hablar con él.

—Bien, David; ¿quién me ayuda a bajar los instrumentos?

—Yo mismo, preciosa.

—¡Vaya! Qué efusivo estás.

—Estoy contento. ¡Muy feliz!

—¿Te olvidas del Búho?

—Te tengo a ti cerca y a mi abuelo ahí abajo.

—¡Eh! Las manos quietas, comandante... Sé bajar sólita por la escalera.

—Mujer, es de caracol y metálica, podrías...

—De todas formas, no hace falta que me sujetes por la cintura.

—¿Sabes lo que te digo, Pamela?

—De ti espero cualquier burrada cuando te pones así.

—Pues que el que se está poniendo «malo» soy yo.

—¿Por qué, señor Lansbury?

—De verte así, de espaldas y tan cerca de un cuerpo que me..., ¡me marea!

—¡Lo dije! Una de tus burradas.

—Mujer... ¡Es que eres divina!

—Formalidad, David; estamos viviendo unos momentos muy serios.

—¡Y que lo digas, reina! Si ese Enzo Tamlinson padece por desgracia alguna enfermedad contagiosa... ¡ya me veo trasladado a los anillos de Saturno!

—Y todos nosotros conmigo, David.

—Pues prepárate a proteger bien tu rubia y linda cabecita. Me ha dicho Richard que allí se suele morir de una pedrada.

—Explícame eso, por favor.

—Más tarde, nenita. Ahora ardo en deseos de poder chocar la mano de mi insigne abuelo.

—Por lo menos, le ascenderán a general, de golpe.

—No creo que aún esté para esas vanidades mundanas. A los

noventa y cinco años cumplidos...

Habían llegado a la planta inferior y la doctora pidió:

• —Tú te quedas aquí, mi comandante.

—¡Eh, un momento! ¿Vas a tener que meterte dentro de ese traje de caucho?

—¡Naturalmente! Toda precaución es poca... ¡Y no me mires! Debo estar horrible metida aquí.

—Tú siempre estás deliciosa, reina mía.

Pero David Lansbury terminó alejándose. A él también le llamaban otras obligaciones.

* * *

Enzo Tamlinson sólo tenía una enfermedad: los años.

Noventa y cinco cumplidos, y los últimos sesenta y cinco vividos en el impresionante ambiente de una sin par odisea, transcurrida en un viaje sin fin, y sin retorno, a través de un infinito espacio exterior al Sistema Solar donde había nacido.

Y eso sin contar que los últimos diez años los había tenido que vivir solo, por haber muerto todos sus compañeros de tripulación.

¡Totalmente solo y perdido, constantemente vagando por un espacio sin fin!

Sin poder comunicar sus impresiones con nadie.

Sin tan siquiera con la esperanza de, al retransmitir su voz, poder ser oído.

Cuánta paciencia. Cuánto sufrimiento. Cuántas renuncias y cuánto silencio había tenido que ir acumulando aquel hombre.

Y cuántas penalidades y penurias soportadas, al verse castigado a tener que fabricarse él mismo los alimentos sintéticos, aguzando el ingenio para las múltiples combinaciones bioquímicas que pudieran mantenerle con vida.

En sí, podía decirse que Enzo Tamlinson venía a significar el formidable espíritu de una raza en lucha y pelea con firmeza, negándose a rendirse ante ninguna clase de adversidad.

¡Nada había podido con él!

Ni incluso había perdido el sentido delicado y la belleza, puesto que lo primero que dijeron sus resecos labios, una vez salió de la modorra de tantas pruebas médicas, fue lo siguiente al ponderar a la joven doctora que le atendía:

—Es usted muy bonita, señorita... ¡Tendremos que agradecer a

la raza humana, ya que aún es capaz de crear criaturas como usted!

—Gracias, señor Tamlinson. ¡Es usted muy galante!

—No tiene por qué darme las gracias. ¡No sabe lo que significa para mí contemplar unos ojos como los suyos, tan azules, tan intensos y profundos como el mismo Universo!

Junto a la camilla, David Lansbury creyó oportuno hacerse notar al bromear jovial y feliz:

—¡Eh, abuelo! ¡Que estás piropeando a mi novia! Un leve movimiento de aquella cansada cabeza y el hilo de voz cascada, preguntó al casi ya no tener ni fuerza ni luz en sus pupilas:

—Tú debes ser mi nieto David, ¿eh, muchacho?

—Así es, abuelo: David Lansbury Tamlinson.

El anciano ni intentó mover su arrugada mano, por lo que el joven piloto bajó la suya para estrechar aquellos largos dedos casi fríos al seguir bromeando:

—Chócala, abuelo... ¡Eres todo un tipo, abuelete! ¡Me siento muy orgulloso de ti!

—Lástima que nos conozcamos tan tarde, hijo...

—¡Eso no importa, hombre! ¿No sabes que, además de ser bonita, la doctora Pamela Ross es un genio de

la medicina? Ella te pondrá como nuevo. De aquí a unos días podrás jugar al rugby conmigo. ¡Ya lo verás!

—¡Qué bobada, muchacho! Yo sólo intento ser útil a los demás, David.

—¡También lo serás, abuelo! Tendrás muchas cosas interesantes que contar.

—Tantas, que mil vidas no bastarían, hijo... Pero no temas: durante años y años he ido grabando en cintas todo lo que he visto y más me ha impresionado. He realizado miles de observaciones y anotado volúmenes enteros de datos interesantes. He estudiado las estrellas, las constelaciones, las galaxias... ¡Los millones y millones de cuerpos celestes que flotan en el espacio!

Fatigado, el tendido anciano cerró los apergaminados párpados y sus labios musitaron, como si nuevamente todo él volviese a lo que había sido Ja mayor parte de su vida:

—¡He sido un privilegiado invitado al que el Universo entero se ha mostrado!

—¿Privilegiado, abuelo? —indagó David Lansbury.

—Bien digo, hijo mío… ¡Porque todo ello me ha acercado más al Creador!

—No debe fatigarse más, señor Tamlinson —recomendó Pamela Ross.

—No se preocupe, hija mía. Me temo que si ahora dejo de hablar… más tarde ya no lo volveré a hacer nunca más.

—De todas formas, ahora debes descansar, abuelo.

—¡Descansar! —repitieron aquellos labios—, ¡Qué hermosa palabra, David! A fin de cuentas, la muerte es un sueño eterno sin ensueños.

—Tú no vas a morir, abuelo.

—¡Qué chiquillo eres aún, muchacho! ¿No sabes que eso no me inquieta? Morir más temprano o más tarde, es cosa de poca importancia; lo que importa es morir bien o mal… Y morir bien es, por otra parte, huir del peligro de vivir mal…

—Tú has vivido casi de forma inmoral, abuelo. Y tus años pasados en esa insólita aventura son un maravilloso ejemplo para todos. ¡Algo que en generaciones no se podrá olvidar!

—No hables de inmoralidad, David. Sólo el Universo es infinito e imperecedero.

—Señor Tamlinson, sería conveniente aplicarle un sedante. Creo que…

—¡No, por favor, señorita! Ya basta de prolongar mi existencia artificialmente… ¡Lo he estado haciendo durante tantos y tantos años! Ahora ya sólo necesito descansar… descansar… descansar…

Respetuosamente mantuvieron silencio ante.aquella vida que se agotaba, que se apagaba. Enzo Tamlinson era como una vieja vela que ya ha consumido su cera.

Y que él mismo lo sentía así lo manifestó al volver a musitar, aunque no fue capaz de levantar los párpados.

—Ya he cumplido, hijos… ¡He logrado volver con los míos, con los de mi raza! Ya no moriré siendo un solitario errante, sin provecho de nadie… Ahora os toca a vosotros conseguir que todos mis conocimientos, todas mis experiencias, y todo lo que os dejo resulte útil a la Humanidad.

Nuevamente reinó el silencio, hasta que unos minutos después, como crispándose bajo la sábana, aquel viejo, cansado y apergaminado cuerpo se tensó al pedir, casi imperiosamente:

—¡Luz…! ¡Más luz…! ¡NECESITO MAS LUZ!

CAPITULO VII

Por tercera vez, el copiloto Richard Morrow interrumpió la lectura de su jefe, asomando la cabeza por la puerta al preguntar:

—Decídete, David. ¡Hay que regresar!

—Espera un poco, Richard... ¡Es tan interesante todo esto!

—Ya lo leerás y examinarás más tarde, hombre.

—Si volvemos a Plutón 1 ahora, me temo que no, amigo. El Búho acaparará todo este valioso material, todos estos volúmenes, cintas grabadas, fotos, películas y anotaciones... ¡Y luego lo archivará!

—No, si en tu informe haces costar todo eso. En la Tierra...

—¡Uf! Ya lo conoces. Alegará razones de seguridad y otras zarandajas. Y como a todos nosotros nos arrestará...

—¿Entonces qué hacemos? ¿Seguir dando vueltas por ahí?

—Transmitiré a Robert McGavin que aún estamos examinando el Zeiss. Eso nos dará tiempo.

—De acuerdo, David. ¡Tú mandas!

Nuevamente a solas, Lansbury prosiguió con la lectura de aquel volumen que su abuelo, el teniente Enzo Tamlinson, había escrito durante sus muchos años de vagar por los más remotos confines del Universo.

«Desde que el hombre alzó la vista hacia el Universo, se sintió fascinado por la grandiosidad de la bóveda celeste. Necesitó de muchos siglos y de instrumentos cada vez más delicados hasta que estuvo en situación de conocer la contextura de la bóveda. La podía ver, pero era incapaz de averiguar su constitución; pues apenas cree el científico haber obtenido una certidumbre de la estructura del Cosmos, una señal procedente del Universo echa por tierra de nuevo las teorías. Sólo en los últimos cien años han sido varias las

revoluciones pacíficas ocurridas en este campo.

»El Cosmos, que hoy comienza a revelársenos, se diferencia básicamente del Universo que creíamos conocer antes del comienzo de la era espacial.

»Por ejemplo, los cometas, esas masas recubiertas de niebla, cuyas trayectorias se conocen, pero no su origen, se consideran hoy unos cuerpos celestes relativamente jóvenes: muchos de ellos apenas tienen diez mil años de existencia y han surgido probablemente a consecuencia de erupciones volcánicas ocurridas en estrellas gigantes. También los anillos de Saturno son probablemente de fecha reciente, y se encuentran todavía en estado inestable y en los primeros comienzos de su organización. También surgen nuevos astros en el sistema de nuestra galaxia, y asimismo se forman nuevas galaxias, posiblemente hasta constituyendo grupos enteros.

»Actúan entre las galaxias fuerzas desconocidas que no tienen relación alguna con la fuerza de la gravedad.

De una forma general, el Universo ya no debe considerarse hoy un gigantesco todo estacionario; antes bien, creo que el Universo está sometido a una transformación continua. Y, no obstante, parece existir desde la eternidad y no tener límite alguno en el espacio.

»La expansión del Universo y la fuga de las galaxias hacia el infinito —una teoría ya formulada siglos atrás por Lamaître—, se debe considerar hoy un fenómeno local que se limita al alcance de nuestros actuales instrumentos de observación; es una contracción la que tiene lugar en otras regiones del Cosmos. Asimismo es posible que la materia que constituye el Universo no será la misma en todos los lugares. Probablemente existan regiones del Cosmos donde los cuerpos estén formados por antimateria, mientras que en otras domine la protomateria, o sea algo que no es ni materia ni antimateria, sino un elemento neutro que se divide de vez en cuando para dar origen al nacimiento de la materia y la antimateria. Hay muchas regiones del Cosmos que carecen todavía de organización y que se encuentran en una especie de estado primitivo.

»Esta concepción del Cosmos se opone a nuestra visión tradicional del Universo. No es posible hacerla compatible con lo que hemos aprendido hasta ahora. Sin embargo, es una

consecuencia forzosa de los hechos observados por mí. Esta imagen se nos antojará bastante menos extraordinaria el día que contemos con observatorios repartidos por el Cosmos, como el qué, de una forma accidental vengo disponiendo yo en todos estos largos años.

»Casi podría asegurar que el Universo no conoce límite alguno, ni en el espacio ni en el tiempo. Más allá de la metagalaxia, a la que pertenecen todos los sistemas galácticos que Conocemos, tienen, necesariamente, que existir otros mundos.

»La metagalaxia consta de hipergalaxias, o sea grupos de sistemas galácticos. Nuestro sistema galáctico cuenta con dos «satélites»: la gran nebulosa de Magallanes, distante 38.000 parsecs de nosotros (un parsecs equivale a 3,26 años luz) y la pequeña nebulosa de Magallanes, a 36.000 parsecs de distancia. La nebulosa de Andrómeda es un sistema compuesto de cinco galaxias. Por lo general, hay «puentes» de estrellas entre las galaxias que. constituyen un grupo. Por decirlo así, los grupos de galaxias están «enhebrados» en un eje formado por estrellas. Tales hipergalaxias pueden tener una magnitud increíblemente gigantesca: la constelación de Virgo consta de 3.000 galaxias; los cabellos de Berenice están formados por 10.000 galaxias. Las supergalaxias tienen un diámetro de 30 a 40 mega parsecs. No he podido comprobar el número exacto de supergalaxias, cuyo conjunto supone la metagalaxia. Y, sin embargo, la metagalaxia es sólo una pequeña fracción del Universo infinito, de un Universo que existe desde la eternidad y que existirá eternamente: resulta fácil comprender que el espíritu humano haya de realizar grandes esfuerzos para entrever la gigantesca ordenación de un Universo tan grandioso, desconocido aún en su gran parte; pero cuya parte conocida nos resulta enormemente complicada.

»Como quiera que el Universo es infinito, no puede expandirse ni experimentar contracciones, únicamente es la metagalaxia la que se ensancha..Con toda probabilidad se formó hace unos diez millones de años, a causa de una explosión de una nube de protomateria, fenómeno que, según se admite hoy, dio origen simultáneamente a la formación de otra metagalaxia constituida por antimateria.

»Vivimos en una parte del Universo que se halla en estado de expansión, la contracción tiene lugar en otras regiones. En mi

opinión, la contracción existente en las otras regiones del Universo total tienen por consecuencia una inversión del tiempo.

»Muchos cosmogonistas, Thomas Gold entre ellos, sostienen la opinión de que la vida es eterna como lo es la materia, y que la vida es propaganda de unos sistemas solares a otros por seres vivientes que utilizan naves interestelares. Es esta hipótesis muy audaz; pero la mayoría de los investigadores modernos, a pesar de rechazar la teoría, conceden, no obstante, que en muchos puntos del Universo pueden haber surgido formas de vida altamente organizadas que pueden influir en la Naturaleza a mucho más de lo que nosotros podemos observar en la Tierra. Creen que, sólo en nuestra galaxia, el número de planetas habitados asciende a mil millones. ¡Y estoy por asegurar esto!»

David Lansbury quedó pensativo, pero pronto volvió a la lectura:

«Estos planetas giran, naturalmente, alrededor de soles y su antigüedad es distinta. Estoy por afirmar que muchos de estos planetas quizá habitados, pueden alcanzar antigüedades de hasta veintiocho mil millones de años.

»Hoy en día casi sabemos que probablemente nuestro planeta no tenga más de cuatro mil millones de años de antigüedad, remontándose los orígenes de la vida en la Tierra a unos dos mil millones de años. Si en un planeta de veintiocho mil millones de años de antigüedad ha comenzado la vida también a desarrollarse a partir de los dos mil millones de años de la formación del planeta, la vida ha podido perfeccionarse en los veintiséis mil millones restantes, trece veces el tiempo de que ha dispuesto la vida para evolucionar en la Tierra.

»¿A qué grado de desarrollo puede haber llegado la vida en el planeta?

»Quizá lo sepamos algún día, cuando recibamos visitas procedentes del Cosmos. Este sencillo ejemplo nos muestra que la cuestión del origen; de los astros no reviste un interés meramente académico.

»La astronomía tradicional nos enseña que las estrellas se forman mediante condensación de materia estelar pulverulenta. Ya sé que muchos de nuestros astrónomos son contrarios a esta teoría; en opinión suya, las estrellas surgen a partir de protoestrellas increíblemente densas que están constituidas no de materia o de

antimateria, sino de protomateria. Esa protomateria estalla y origina la aparición de un grupo de estrellas. La protomateria tiene una densidad increíble, correspondiente, poco más o menos, a la del núcleo atómico. Estas protoestrellas no emiten irradiaciones y no se pueden detectar mediante telescopios: pero los resultados de sus explosiones se hacen visibles en forma de nuevos grupos de estrellas rodeadas de niebla.

»Recuerden que ya Ambartsumian ha descubierto la existencia de tales amontonamientos de estrellas, particularmente en la constelación de Perseo, donde se forman supernovas. Yo también he descubierto en otras regiones celestes agrupaciones de estrellas que no han alcanzado todavía los cien mil años de antigüedad.

»No afirmo, en modo alguno, haber descubierto la única causa y el único proceso imaginable de formación de las estrellas. No descarto la posibilidad de que las estrellas se formen mediante contracción de la materia,

o sea, según la hipótesis tradicional: pero considero que esta última posibilidad se puede dar tan sólo en casos extraordinarios, pues, en mi opinión, las estrellas no se forman lentamente, sino de una manera rápida, mediante un proceso semejante a una explosión. Esta teoría concuerda con la concepción más reciente del Universo, según la cual no ha existido, existe o existirá un Cosmos estable, un Universo rígido.

»Es perfectamente imaginable que, al igual que acontece con el átomo de uranio durante la fusión nuclear, una galaxia, bajo la acción de fuerzas que aún nos son desconocidas por completo, dé origen a otra u otras galaxias más pequeñas. Cuando se producen estas divisiones galácticas, se liberan irradiaciones electromagnéticas monstruosamente fuertes, que pueden ser captadas por los radiotelescopios. Han sido detectadas irradiaciones de tal tipo, particularmente procedentes de las constelaciones del Cisne y Perseo.

»Las galaxias inestables de ese tipo aparecen en el telescopio con un blanco-azulado característico, pues a consecuencia de su explosión son lanzados al Cosmos fragmentos con una energía considerable. Es hasta posible que toda una metagalaxia esté formada por los residuos de un gigantesco cuerpo que haya sufrido una explosión. En tal caso, la expansión del Universo sería de hecho

un fenómeno muy localizado.

»Según esto, nuestra metagalaxia no sería sino un “rincón”, un caso especial dentro del Universo total, el cual, por su parte, no puede experimentar expansiones ni concentraciones. Pero, en tal caso, todo lo que observamos en nuestra metagalaxia no permitiría sacar conclusión alguna en relación con la totalidad del Cosmos, por lo que el espacio sería curvo exclusivamente en nuestra metagalaxia.

»Acaso hayamos de renunciar a la idea de un Universo curvo como la superficie de la Tierra, cerrado en sí: una idea a la que acabamos de llegar después de grandes esfuerzos, lo sé. Pero eso vuelve a demostrarnos que nos hemos de guardar muy bien de conclusiones por analogías: lo que es válido abajo no es imprescindiblemente válido arriba: el átomo no es un sistema solar en, proporciones minúsculas; el Universo no es una correspondencia cuatridimensional de la superficie terrestre. No se puede dar la vuelta al Universo en la forma que Elcano dio la vuelta a la Tierra.

»Nuestra innata pereza espiritual nos ha arrastrado, una vez más, a concebir el Universo total como una reproducción aumentada del mundo que conocemos. La realidad es que desconocemos la mayor parte del Universo.

»Pero incluso el inimaginable Universo, un Universo infinitamente grande, no sea quizá toda la realidad; tiene que existir además, como mínimo, un segundo Universo: el mundo que yo llamo de la antimateria.

»Con el concurso de gigantescos aceleradores de partículas, la ciencia moderna ha estado en situación de obtener partículas de antimateria tales como antiprotones, antineutrones, etc.

»Aceleradores de este tipo los hay, por ejemplo, en el Centro de Investigación Nuclear Europeo, ubicados en Ginebra desde hace ya más de ciento cincuenta años según mis datos, y permitieron el descubrimiento continuo de antipartículas nuevas. Otra cosa es que, hasta hoy, no ha conseguido todavía científico alguno obtener en el laboratorio antimateria a partir de estas partículas, pero su obtención es posible en teoría. Lo que el hombre no ha conseguido aún lo han logrado ya, sin lugar a dudas y hace largo tiempo, los mundos que chocan entre sí.

»Científicos célebres tales como Geoffrey Burbidge y Fred Hoy le

defienden la teoría de que existe «en alguna parte» un antimundo formado por antimateria. Quizá este mundo opuesto al nuestro esté al otro lado del espacio y en otro tiempo, aunque también podría existir el lado de nuestro mundo en el mismo espacio y en el mismo tiempo. Lo desconocido estaría superpuesto a lo conocido en este caso; un mundo fantasmal nos acompañaría a todos lados, o quizá seamos nosotros los que formemos su cortejo. Burbidge y Hoyle estiman que estos dos mundos caminan al encuentro uno del otro en la gran nebulosa de Cáncer, siendo allí donde chocan entre sí la materia y la antimateria, aniquilándose mutuamente.

»De hecho, esta nebulosa emite irradiaciones de una energía monstruosa, ondas electromagnéticas cuya intensidad es de IO33 ergios por segundo, lo que corresponde a unos cien mil millones de bombas atómicas como la que hace siglos fue arrojada en Hiroshima, por segundo.

»Si partimos de la observación de las cantidades de energía liberadas, llegamos por la vía del cálculo a la conclusión de que en esta nebulosa tiene que haber una partícula de antimateria por diez millones de partículas de materia. Este paraje del Universo es, por decirlo así, un homo gigantesco en el que se cuecen los mundos.

»Cabe la posibilidad de que la galaxia Messier 87 esté constituida enteramente de antimateria. Emite cantidades desacostumbradas tanto de luz visible como de radioondas. Una explicación de esto sería la hipótesis de que esta galaxia es una avanzadilla de antimateria del mundo opuesto al nuestro, avanzadilla contra la que choca continuamente la materia normal.

»Diré más: el profesor Maurice Goldhaber, perteneciente al Instituto de Investigación Nuclear Norteamericano de Brookhaven, cree que el mundo opuesto al nuestro, el formado por antimateria, ha surgido al mismo tiempo que nuestro Universo a causa de una explosión de protomateria. En opinión mía, como él, el mundo opuesto al nuestro existe más allá del espacio y en otro tiempo; pero considero posible la experiencia de ciertos lazos a través de los cuales llegan hasta nosotros fragmentos de ese mundo opuesto al nuestro.»

Y aquel escrito del teniente Enzo Tamlinson terminaba con una afirmación que a David Lansbury le hizo dar un respingo, como si una corriente eléctrica recorriese su cuerpo, al leer:

«Últimamente, por algún extraño fenómeno, he conseguido fotografías y películas con las cuales podré demostrar que ese mundo opuesto al nuestro existe...»

David Lansbury cerró el volumen y se puso a mirar

el gran montón de material trasladado desde la vieja astronave Zeiss a su X-Z.

Allí se apilaban libros, volúmenes, cuadernos de notas, láminas dibujadas a mano, paquetes enteros de fotografías y, en un rincón, las cajas metálicas que contenían los rollos de películas filmadas en el Cosmos, mientras el teniente Enzo Tamlinson viajaba por el espacio durante la friolera de sesenta y cinco años.

—¡Es asombroso! —exclamó el joven piloto—. Con todo esto, la ciencia podrá avanzar muchísimo... ¡Daremos un salto de gigante!

Se disponía a seguir leyendo, cuando por cuarta vez la cabeza de su copiloto Richard Morrow asomó tras la puerta medio abierta y nuevamente apremió:

—¡Tenemos que regresar, David!

—¿Por qué tanta prisa, Richard?

—Te lo diré: hemos recibido un ultimátum del Búho.

—¿Qué brama el general Bellword?

—Que si no regresamos a Plutón 1... ¡nos fusilará con los rayos láser!

—¡Qué bruto! —exclamó el comandante de la X-Z, fingiendo terror.

—No juegues más con él, David. ¡Ya le conoces!

—Sí, Richard, sí... ¡Y es muy capaz!

CAPITULO VIII

Tres semanas después de su regreso al Plutón 1, toda la tripulación de la X-Z seguía arrestada, incomunicada.

Las órdenes del rígido general Joseph Bellword habían sido tajantes al comunicarles:

—¡Insubordinación! Con el agravante de haberse apoderado de una de las astronaves de esta base... ¡Todos ustedes serán trasladados a los anillos de Saturno!

Recordando lo que habían hablado con su comandante, el copiloto Richard Morrow se había llevado las manos a la cabeza, al exclamar:

—¡Ya me veo descalabrado, David!

Allí también estaba el coronel Tom Collins, al que David Lansbury había extendido su mano al decir:

—Le debemos la vida, coronel Collins. De haber cumplido la orden del Búho...

—No tiene importancia, David. ¿Cómo iba a ordenar que las baterías láser disparasen contra ustedes?

—Pero ahora se encuentra encerrado aquí, con todos nosotros.

—Lo prefiero, a seguir bajo el mando de ese loco.

Acercándose, el veterano ingeniero Oliver Wayer manifestó:

—No comprendo por qué al general Bellword le irrita tanto que nosotros saliéramos a rescatar la vieja Zeiss del teniente Enzo Tamlinson. A fin de cuentas, con nuestra acción conseguimos recuperar un material y una documentación muy importantes.

—Creo poder contestarle, Oliver.

—Diga usted, David.

—En primer lugar, el Búho es un hombre incapaz de perdonar la más mínima indisciplina. Tiene un concepto del mando muy rígido,

muy absoluto. Y en segundo lugar, ahora que dispone de todo el formidable archivo que durante tantos años fue consiguiendo mi abuelo, lo distribuirá a su gusto y capricho para apuntarse todos esos tantos en la Tierra.

—No podrá hacer eso —protestó Richard Morrow—. ¡Sería una vil usurpación!

—¿Y desde cuándo se detienen los ambiciosos ante eso, Richard?

—Pero, nos trasladan adonde sea, nosotros siempre podremos declarar la verdad.

—No estoy seguro, Richard.

—¿Qué quieres decir, David?

—Muy sencillo... El Búho nos puede dejar morir en esta ratonera.

—¡No se atreverá a tanto! —exclamó a su vez el coronel Tom Collins.

—¿Quién puede impedírselo? Es él quien manda aquí.

—Pero olvidas algo, David.

—Tú dirás, Richard.

—Bueno... Todos sabemos... o al menos hemos adivinado, que el general Bellword también está muy enamorado de Pamela.

—Olvida a Pamela —pareció molestarse David Lansbury.

—No, David... Porque también debe estar arrestada. Y si es así, no le será fácil intentar deshacerse de todos nosotros.

En aquel reducido recinto de paredes metálicas y de alta seguridad, con una única y bien vigilada entrada, los hombres confinados allí continuaron intercambiando ideas y temores sobre su posible destino.

Todos ellos ignoraban que la doctora Pamela Ross era la única que no había sido arrestada, tras el regreso de la X-Z a su punto de partida. Contrariamente a eso, el general Joseph Bellword había ordenado que la joven doctora quedase directamente a su servicio, alegando con la mejor de sus sonrisas:

—Así podremos conocemos mejor, señorita.

Muy seria y casi altiva, la joven había intentado rechazar:

—Estoy doctorada en medicina, señor. ¡No sirvo para secretaria!

—No se preocupe por eso, Pamela. ¡Yo la enseñaré!

—Será inútil, señor. ¡Prefiero sufrir la suerte de mis compañeros!

—¡Absurdo, Pamela! A usted la obligaron a subir al X-Z.

—No me obligó nadie, señor.

—No se hable más de eso, por favor. Así lo he conseguido en mi informe.

—¡Lo desmentiré, general Bellword! También consideré humanitario intentar salvar al teniente Enzo Tamlinson.

—¿Acaso lo consiguieron? —empezó a molestarse Joseph Bellword.

—Hicimos todo lo posible. No es nuestra culpa si el pobre anciano murió.

—No se irrite, Pamela. Sólo quiero salvarla. ¡Encubrirla! Si algún día... Quiero decir que si usted empieza a mirarme con mejores ojos y yo... Bueno, amiga mía: yo no tardaré en ser mucho más importante que ahora. Voy a empezar a enviar informes, estudios y datos astronómicos al Gobierno Central, que sin duda me harán digno de ocupar un cargo mucho más importante que éste... ¡Se lo aseguro, Pamela!

El silencio de la muchacha le animó a seguir:

—¿No le gustaría volver a nuestra amada y hermosa Tierra? Por supuesto que aquí no se está mal, pero allí... ¡Allí sabe que todo es muy distinto! Usted es una mujer bella y con mucha personalidad, y junto a un hombre como yo podría... ¡Podríamos conseguir todo lo más ambicionable en esta vida!

—Por mi parte, yo sólo ambiciono una cosa, señor.

—Diga... ¡Dígamela, Pamela! —se interesó mucho el hombre profundamente enamorado.

—Tan sólo aspiro al amor, general Bellword.

—¡Oh, sí, Pamela! Yo... ¡Yo también!

—Me refiero a ser amada por el hombre que amo.

El rostro del general Joseph Bellword cambió totalmente de expresión, aunque osó musitar:

—Y usted ama a...

—¡Al comandante David Lansbury!

Joseph Bellword se puso a pasear nerviosamente por *su* monumental despacho, las manos cruzadas a la espalda y sus encendidas pupilas obstinadamente —clavadas en la blanca alfombra. Y cuando al fin despegó sus finos labios "fue para opinar:

—¡Ese hombre es un fracasado! ¡Un rebelde! ¡Yˆ no tiene porvenir ni le queda nada que pueda ofrecerla!

—¡Le quiero!

—¡Es ridículo! Una mujer como usted, con un simple comandante piloto que, además... ¡Ahora será enviado a un infierno!

—No me importa. ¡Le seguiría muy gustosa!

—¡Tonterías! Usted no será trasladada con ellos. ¡La necesito aquí!

—Solicitaré mi baja, señor.

—¡No se la cursaré!

Irritada ante aquella actitud, Pamela Ross a su vez dijo con tono menos firmeza:

—¿Pero qué se cree, general Bellword? ¡No puede mantenemos a todos como prisioneros aquí!

—¡Me dieron el mando y sé lo que hago, señorita!

—No... ¡No lo sabe, señor! Es usted mismo el que está fomentando las sublevaciones y las rebeldías, con sus órdenes dictatoriales y absurdas. ¡La mitad de los destinados aquí le odian!

—No me importa. ¡La otra mitad me obedece!

—¿Pero hasta cuándo? También un día se hartarán de usted, y entonces...

—No será usted la que fomente eso, señorita.

—¿Ahora también piensa arrestarme?

—¡Exactamente! He intentado razonar con usted, pero...

—No, usted no ha intentado «razonar, general Bellword. ¡Ha intentado otra cosa!

—De la que no desisto, Pamela.

La muchacha le miró con el miedo reflejado en sus ojos, sobre todo al verle acercarse al visófono y ordenar, tras pulsar el intercomunicador:

—Sargento Perry... ¡Venga ahora mismo a mi despacho!

—¡A la orden, mi general! —dijo el rostro del jefe de seguridad.

Y cuando el jefe del Plutón 1 volvió a mirar a la mujer, sus labios murmuraron:

—Sí, Pamela, será usted arrestada... ¡Pero en mis habitaciones!

CAPITULO IX

No hacía falta, porque allí todos se conocían, pero tal como estaba ordenado, rutinariamente el teniente Steve Hasckin mostró su tarjeta de identificación a los centinelas. No obstante, uno de ellos rechazó con firmeza:

—Nadie puede ver a los prisioneros, teniente.

—¡Yo sí!

—El sargento Perry nos ha ordenado que...

Mostrando un documento, el teniente Steve Hasckin insistió:

—Y a mí el general Bellword me ha ordenado que los prisioneros sean trasladados.

—¿Ya se los llevan, teniente?

—Sí... La nave está preparada.

—En ese caso... Pase, señor.

La puerta metálica fue accionada y el teniente Hasckin pasó al interior del recinto. Cuando llegó ante los veinte hombres detenidos saludó al que había sido su jefe más inmediato y empezó a decir:

—Coronel Collins... ¡Es preciso que hablemos!

—¿Qué pasa, teniente?

—Tendrán que seguir todas mis instrucciones, señor. ¡Van a ser trasladados, señor!

—Bien, ya esperábamos una cosa así, aunque no tan pronto. Los mensajes de la Tierra tardan en llegar y...

—El general Bellword nos hizo reparar la vieja Zeiss y ha dispuesto que todos ustedes...

—¡Un momento! —interrumpió David Lansbury—. ¿Intenta decimos que vamos a viajar en ese armatoste, del tiempo de la...?

—Así es, comandante Lansbury.

—¡Imposible! —intervino a su vez el copiloto Richard Morrow

—. Con una astronave así, jamás podremos llegar a la órbita eje Saturno.

—Eso le dije yo y mis mecánicos. Pero el Búho insistió y...

Al oír aquello del Búho, el coronel Tom Collins tocó el brazo del oficial que ahora ocupaba su puesto y quiso saber, apremiante:

—Dígame una cosa, Steve... ¿Con quién está usted?

—Siempre obedecí sus órdenes, coronel Collins. ¡Usted lo sabe, señor!

—Gracias, muchacho —sonrió el coronel, extendiendo su mano.

El joven oficial estrechó aquellos dedos amistosos, y luego se pusieron a hablar todos muy animosamente.

Cuando el teniente Steve Hasckin salió del recinto metálico y la puerta se cerró tras él, al recuperar su tarjeta de identidad de uno de los centinelas, ordenó:

—¡Dígale al sargento Perry que los lleve bien escoltados a los hangares. ¡La orden de deportación está firmada!

—Bien, señor.

La vieja Zeiss volvía a estar dispuesta para emprender su último vuelo.

Aunque eso de que sería su último vuelo sólo lo creía saber una sola persona en el Plutón 1. La misma que, desde su amplio despacho y a través de los circuitos de televisión, sonriente estaba contemplando cómo los veinte deportados que debían abandonar la base espacial estaban siendo conducidos fuertemente escoltados hacia los hangares del Plutón 1.

A su vez, al pie de la rampa de lanzamiento y recogiendo las tarjetas plastificadas de identidad, el sargento Perry ordenó:

—¡Arriba todos, señores...! ¡Y suerte en su nuevo destino!

Hizo una pausa y ladinamente añadió:

—¡La van a necesitar, amigos!

El coronel Tom Collins fue el primero en ascender a la Zeiss, seguido del acompañante David Lansbury, el copiloto Richard Morrow, el ingeniero Oliver Wayer y el resto de los compañeros en desgracia.

En la cabina de mandos, el comandante de escuadrilla Michael Reed, con cinco de sus ayudantes de vuelo, esperaba la orden para partir. Todo estaba dispuesto en la vieja-astronave, que no tardaría en ser propulsada por los motores atómicos que, previamente,

habían sido revisados en todas sus averías.

Cuando el teniente Steve Hasckin penetró en la cabina para hacer oficialmente la entrega de los veinte deportados, el nuevo comandante de la Zeiss le saludó. Pero Michael Reed quedó muy perplejo al oír qué el teniente Steve Hasckin le decía:

—No harán ustedes este vuelo, Reed.

—¿Có... cómo dice, Hasckin?

—Que no van a despegar.

—Escuche bien, Hasckin... Todos nosotros, yo mismo, sentimos mucho haber sido elegidos para esta ingrata misión. No crea que no apreciamos al comandante David Lansbury, y a todos los que le acompañaron, desobedeciendo las órdenes del general. Pero si ahora les tenemos que trasladar, lo haremos y...

—¿Y piensa que en esta nave podrán llegar a la órbita de Saturno?

—La Zeiss ha sido convenientemente reparada. Yo mismo he comprobado su perfecto funcionamiento. El mismo general Bellword bajó ayer a está cabina y estuvo...

—¡Estuvo preparando la muerte de todos ustedes!

Los seis tripulantes miraron con fijeza al teniente Steven Hasckin, que se movió hacia los mandos de transmisión, indicando para dar más fuerza a sus palabras:

—Levante ese panel, comandante Reed.

—¿Para qué, teniente?

—Verán unos explosivos, convenientemente programados para que les hagan saltar a todos en pedazos... ¡Una vez estén bien lejos de aquí!

—¡No! ¡Eso no es posible, Hasckin!

—¡Lo es, amigos! ¡Y me juego mucho, en todo esto que estoy haciendo!

—Pero... ¿entonces eso quiere decir... que...?

—Que tendrán que luchar a nuestro lado, comandante Reed.

—¿Lu... luchar? —pareció aún vacilar Michael Reed.

Pero cuando uno de sus hombres le mostró los explosivos que habían estado ocultos, con ojos febriles al nuevo comandante de la vieja Zeiss decidió al instante:

—¡Vamos, Hasckin! ¡Terminaremos de una vez con los «juegos» de ese loco!

El primer enfrentamiento se inició nada más volver a aparecer David Lansbury en la puerta de desembarque de la Zeiss, mostrando a los vigilantes del sargento perry los explosivos para informarles:

—¡Mire esto, sargento! ¡Pretendían asesinarnos a todos!

Al instante, los altavoces interiores empezaron a zumbar con una voz llena de cólera:

—¡Dispare, sargento Perry! ¡No dejen desembarcar a esos rebeldes! ¡Es una orden, sargento!

El sargento Perry siempre había sido un hombre muy disciplinado y disparó, presionando el botón de su arma.

El rayo partió veloz y David Lansbury vio que a dos pulgadas de su cabeza el metal empezaba a fundirse, derritiéndose como si fuera mantequilla. Un nuevo disparo le hizo precipitarse al interior de la nave, en el instante en que nuevos estallidos anunciaban el enfrentamiento entre los dos bandos, ya que desde el interior de la Zeiss también se disparaba.

—¡Por la salida de emergencia! —anunció una voz.

Muchos siguieron al comandante Michael Reed, dispuestos a salir a la rampa de lanzamiento y seguir luchando, fuera de aquella ratonera en la que se podía convertir la vieja astronave.

En cierta forma, los vigilantes del sargento Perry se vieron sorprendidos. Cuando cinco o seis de ellos cayeron como fulminados, el resto buscó mayor protección al fondo de los hangares.

Michael Reed vio que junto a él corría David Lansbury, que jadeó sin dejar de soltar los chorros de fuego de su arma:

—Gracias, Michael. ¡Esto será a muerte!

—Cierto, David. ¡Ese loco lo ha querido así!

Un instante después, al frente de cinco compañeros más que le seguían, el copiloto Richard Morrow caía fulminado: uno de los rayos de fuego le alcanzó de pleno, convirtiendo su cuerpo en un montón de residuos humeantes.

—¡Richard! —no pudo evitar gritar David Lansbury.

Pero su amigo ya se había convertido en ceniza.

Cenizas humanas desintegradas: simples átomos, como el resto de los otros amigos que le habían seguido.

No obstante, ante el coraje y empuje de los hombres que se sentían sentenciados, los vigilantes del sargento Perry se vieron

obligados a ceder más terreno, aunque prolongando la desesperada lucha en los primeros pasillos y corredores que conducían hacia el interior del Plutón 1, ahora toda la estación espacial conmovida y convulsionada por el encarnizado enfrentamiento de los dos bandos.

Los altavoces no dejaban de zumbar transmitiendo las órdenes del general Bellword, quien desde su despacho y a través de los circuitos de la televisión pretendía sofocar aquella sublevación.

—¡Es un motín! —bramaba—. ¡Todos deben cumplir con su deber! ¡Cierren los compartimentos 1 y 2 y los encerraremos! ¡Hay que aniquilar a esos rebeldes!

El coronel Tom Collins temió que aquellas órdenes

i cumplieran y animó a los suyos, lanzándose a la barrera:

—¡Adelante! ¡Es preciso alcanzar la otra planta!

—¡Vamos allá, coronel! —le secundó su ayudante Steve Hasckin —. ¡Si nos encierran aquí, nos asarán!

Uno de los ascensores ya estaba inutilizado. Sus células fotomagnéticas habían sido dañadas por los disparos de fuego, y tuvieron que ascender por las escaleras metálicas, disparando en cada recodo, en cada esquina, sobre cada peldaño.

A veces, montones de cenizas aún humeantes indicaban que, aquí y allá, un hombre había sido aniquilado.

Aquello se convirtió en una lucha feroz, siit cuartel, infrahumana.

Muchos de los combatientes tenían la molesta sensación de estar ya en el infierno. Cuando las paredes metálicas recibían los impactos de los rayos disparados, empezaban a fundirse, hirviendo, humeando, agrandándose los boquetes como si un poderoso soplete continuase soplando sobre aquel endurecido material de complicadas aleaciones, que no obstante ahora parecía de papel de plata.

Existía un peligro eminente: si el revestimiento exterior del Plutón 1 era dañado, a más de siete mil millones de kilómetros del Sol, la estación espacial estallaría en millones de pedazos.

Se desintegraría...

Pero la lucha siguió...

CAPITULO X

El general Bellword estaba consiguiendo movilizar a más de la mitad del personal destinado bajo su mando, por la sencilla razón de que la mayoría de ellos se dejaban arrastrar por la costumbre, por la inercia.

¿No habían tenido siempre que obedecer a aquel hombre? ¿Acaso no era su jefe oficial? ¿No era cierto que el comandante David Lansbury y una veintena de sus más íntimos habían desobedecido al general Joseph Bellword?

Los más recelosos no dejaban de hacerse otra pregunta:

—¿Qué debemos hacer?

A fin de cuentas, David Lansbury no debía haber desencadenado aquel motín, en el que podían salir perjudicados todos.

La estación espacial se había convertido en un peligroso campo de batalla.

¿Es que el trágico destino de los hombres era siempre luchar entre ellos, aunque se encontrasen en los límites de su sistema solar?

En el mismo departamento de las cocinas hubo tortazos, cuando uno de los cocineros manifestó, desatándose el delantal:

—¡Me voy, señor Cainy!

—¿Adónde, Basil?

—Intentaré llegar junto al comandante Lansbury. Creo que ya han llegado a la segunda planta.

—¡Tú te quedas aquí, Basil!

‘—¡Narices, señor Cainy! Ya estoy harto de este trabajo y del Búho también.

—¿También te amotinas? ¿Cómo te atreves a llamar Búho al general Bellword?

—¡Lo es! Siempre está fijándose en todo y dando órdenes.

—¡Es el jefe!

—¡Es un pelmazo, señor Cainy!

—¡Y tú un desertor! ¡Te voy a...!

Y el jefe de las cocinas le largó un guantazo a su ayudante.

El joven Basil respondió con un patadón.

El resto del personal de las cocinas también se dividió en dos bandos, aunque allí sólo se peleaba a puñetazo limpio.

En muchos de los otros departamentos de la estación espacial, más o menos ocurrió lo mismo.

La belicosidad se había desatado.

Hasta que, de pronto, en los altavoces la voz del general Bellword fue sustituida por la de Robert McGavin, que como jefe del departamento de transmisiones empezó a informar a todo el personal:

—¡Atención! ¡Atención! Les habla Robert McGavin... Todos deben saber por qué se lucha y cuáles han

sido los verdaderos motivos que la han desencadenado.

Por un instante, su mensaje fue interceptado por la colérica voz de Joseph Bellword, que bramó:

—¡Aquí el general! ¡No hagan caso a Robert McGavin! ¡También es otro traidor! ¡Se pasa al bando de los amotinados! Pero yo ordeno a todo el personal que...

Nuevamente la voz de Robert McGavin se impuso, al anunciar:

—Lo siento, Búho, pero desde ahora Je corto las comunicaciones. Es usted indigno del puesto que ocupa... Aquí acabamos de enteramos de que pretendía volar a la vieja Zeiss durante su viaje con los deportados. ¡Y una cosa así sólo lo intenta un loco asesino!

La voz del jefe de comunicaciones fue sustituida por la del joven Gary Hampton, al decir aquel ayudante:

—Lo que ha dicho el señor McGavin es bien cierto, amigos. ¡Como lo es que el Búho tiene encerrada en sus habitaciones a la doctora Pamela Ross!

Cuando el altavoz del pasillo en donde estaban transmitió aquello, David Lansbury sintió como si una mano estrujase su corazón. Por un instante quedó muy quieto, como anonadado; pero la furia que sintió le hizo estallar, lanzándose a los escalones

metálicos que le conducirían a la tercera planta:

—¡Canalla! ¡Quiero fulminarle yo mismo!

Chorros de fuego candente refulgieron en torno suyo, y habrían terminado por alcanzarle de no tirar de una de sus piernas el coronel Tom Collins, que sí le derribó y arrastró impidiéndole ascender, intentó calmarle al razonar:

—¡Quieto, David! No sea loco… ¡Nos están esperando tras ese recodo!

—¡Suélteme, coronel! ¡Debo llegar a la séptima planta!

—Así no ascendería ni tres escalones. ¡Esos locos disparan como demonios!

—¡Yo también dispararé!

—Si tanto quiere a esa chica, resérvese para ella, hombre de Dios.

—¿Pero no ha oído? ¡Ese canalla retiene a Pamela en sus habitaciones!

—La doctora Ross, es mujer que sabe defenderse, amigo.

—No de un asqueroso como ése. ¡Es capaz de todo!

—Tranquilo, David, tranquilo, muchacho… Ahora que en comunicaciones se han puesto de nuestra parte, el general Bellword ha perdido una buena baza.

—Aún tiene muchos fanáticos que le siguen.

—Sí, pero cada vez serán menos.

—El coronel Collins tiene razón —se acercó diciendo el teniente Steve Hasckin—. ¡Es cuestión de tiempo!

—Me temo que el sargento Perry y sus vigilantes lucharán hasta el final, amigos.

—¡Peor para ellos! —sentenció Collins.

Luego miró al hombre que volvía a ser su ayudante, al recomendar muy enérgico:

—Teniente Hasckin…

—Diga, señor.

—Le hago a usted responsable de la vida del comandante David Lansbury. ¡No le deje hacer ninguna locura! Y nada de intentar abrir brecha por esa condenada escalera.

—¿Acaso podremos llegar arriba de otra manera, coronel?

—Por supuesto que sí, David.

—¿Cómo?

—Escuche, amigo... Soy más veterano que usted, y además tengo mayor graduación. Así es que desde ahora tomo el mando de todo esto y sólo se cumplirán mis órdenes.

—¿Va a convertirse en otro Búho, coronel Collins?

—Está excitado por lo que le pueda ocurrir a la doctora Ross y le perdono, comandante. ¡Pero no vuelva a decir más majaderías!

—¿Qué piensa hacer?

—De momento, utilizar ese intervisófono del pasillo. La colaboración de Robert McGavin puede ser más decisiva aún. ¡Ya lo verá, David!

El rostro de Robert McGavin apareció en la pequeña pantalla del intervisófono, interesándose al identificar en la suya:

—Hola, coronel Collins. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—¡Mal! No podemos seguir avanzando. ¿Y ustedes?

—No mejor, coronel. ¡Están intentando abrir un boquete en las puertas, para apoderarse de mi departamento.

—¿Podrán resistir, McGavin?

—Creo que sí, aunque usen las armas de rayos.

—Y aunque consigan abrir el boquete, nos encontrarán aquí, para recibirles como merecen —se interpuso la voz del joven ayudante Gary Hampton, aunque en la pantalla no se vio su rostro.

—¡Tú a callar! —ordenó McGavin.

—¿Cuántos ayudantes tiene ahí? —se interesó el coronel Collins.

—Pues aparte de Gary, que acaba de hablarle, a James y a dos más.

—Bien: pónganme en comunicación con el general.

—Le he cortado todas las comunicaciones, coronel.

—Pues restitúyaselas, hombre.

—¡No! Que el Búho aprovechará para seguir ladrando.

—Sólo un momento, McGavin. ¡Necesito hablar con él!

—De acuerdo, coronel. ¡Ahí le tiene!

La pantalla del intervisófono osciló por un instante, desapareciendo el simpático rostro de Robert McGavin, para ser al poco sustituido por el del serio y adusto del general Joseph Bellword, quien también reconoció en su pantalla:

—¿Qué diablos quiere ahora, traidor?

—Deje de insultar, general. ¡Esta locura debe terminar!

—¡La suya es locura! ¡Se han sublevado!

—Usted sabe muy bien por qué, Bellword,

—¡Pamplinas! ¡Son unos insubordinados! ¡Y el comandante Lansbury es el culpable de todo esto!

—Hablando de David, mi general… ¿Qué hay de la doctora Ross?

—Nada le concierne a usted sobre eso.

—Pero a él sí… ¡La quiere! ¡Están enamorados!

—¡Al diablo con todas esas majaderías! Cuando termine con todos ustedes, Pamela Ross será mi esposa. ¿Lo ha oído bien, coronel Collins?

—Bellword, olvida usted algo muy importante. Al corazón de las mujeres no se les da órdenes.

—¡Yo sí!

—Usted es un loco lleno de soberbia, general. Ordene a sus hombres que se rindan y todo terminará bien.

—¿Terminar bien? ¿Cree que estoy dispuesto a que me juzguen en la Tierra? Ya es demasiado tarde, Collins. Cada uno hemos jugado nuestras bazas y no puedo volver atrás.

—Le doy mi palabra que…

—¡No, no! —rechazó con la voz y el gesto el hombre acorralado —. O yo termino con todos ustedes… ¡O ustedes terminan conmigo!

—Ya han muerto bastantes, general Bellword.

—¿Y qué me importa a mí eso? Los de su bando son rebeldes y merecen morir… ¡Los del mío mueren cumpliendo con su sagrado deber!

—No diga sandeces. ¿A qué sagrado deber se refiere?

—¿Olvidó su juramento, coronel Collins? Prometió defender siempre la tranquilidad e integridad de esta base espacial. ¡Lo prometieron todos! ¡TODOS!

—Usted el primero, y lo ha perturbado todo, general.

—¡David Lansbury me desobedeció!

—Para intentar salvar a un hombre que llevaba sesenta y cinco años perdido en el espacio. ¡No lo olvide!

—El teniente Enzo Tamlinson también fue otro rebelde. ¿No lo sabe?

—¿Rebelde? —repitió el coronel Tom Collins—. ¿A qué viene eso ahora?

—¡Lo fue! Otro insubordinado, como su nieto… Está registrado

en el banco de datos, en el dosier concerniente a la patrulla del jefe de escuadrilla, comandante Warner. Por su cuenta y riesgo salieron de la ruta que les habían trazado el Alto Mando... ¡Y como locos se lanzaron al hiperespacio!

—Aun siendo así, todos ellos murieron. ¿Y no cree que después de sesenta y cinco años de errar por ahí el anciano teniente Enzo Tamlinson merecía ser socorrido y traído aquí?

—¡No! Le repito que cuando la disciplina se rompe...

—Y yo le repito que usted está loco, general Bellword. ¡Debemos pactar y terminar con esta lucha insensata!

—Terminar... —repitió a su vez lentamente la voz de aquel hombre atormentado—. Eso es lo que pasará, coronel Collins. ¡Que terminaremos todos, de no entregarse ustedes!

—Aclare eso. ¿Qué ha querido decir?

—¿Lo quiere más claro, rebelde?

—¡Sí! ¡Se lo exijo!

—Bien... Suban una planta más... ¡Y' este pequeño mundo estallará! ¡Se romperá en mil pedazos!

—¿Có... cómo?

—Me ha oído perfectamente, coronel Collins. ¡El Plutón 1 dejará de existir!

—¡No, general Bellword! ¡No hará eso!

—¡Lo haré! Ya he programado las cargas explosivas.

—¿Dónde? ¿Dónde las han puesto? —indagó con cierta ingenuidad su coronel, arrastrado por la desesperación.

—Nadie más que yo lo sabe, señor Collins... No he confiado a nadie esta delicada misión... Pero sí le adelantaré que tan sólo tienen ustedes tres horas para rendirse. ¡Y de forma incondicional!

Olvidando la voz, el coronel Tom Collins se fijó en aquel atormentado rostro que se reflejaba en la pantalla del intervisófono, musitando para sí antes de colgar:

—¡Está loco! ¡Loco de remate!

CAPITULO XI

—¡Tres horas! —suspiró hondamente David Lansbury—. Y ese canalla sigue teniendo a Pamela con él.

Le vieron ponerse en pie, empuñar el arma y lentamente caminar hacia los escalones que conducían a la planta tercera. Allí había dos hombres vigilando atentamente y uno de ellos musitó:

—¿Va a intentarlo otra vez, comandante?

—Sí, muchacho... Al menos, moriré con la satisfacción de haberlo intentado.

Pero desde el fondo del corredor tronó la voz del teniente Steve Hasckin, que ordenó imperiosamente:

—¡No! ¡No le dejen subir, amigos!

Los dos centinelas se interpusieron ante David Lansbury, que giró la cabeza al decir:

—¿Es que nos vamos a someter a los caprichos de ese loco?

—No, David.

—Es hacerlo, limitamos a esperar.

—El coronel Collins tiene un plan.

—¿Cuál?

—Está hablando otra vez con Robert McGavin,

quien debe comunicar a todos los rincones del Plutón 1 las intenciones del general Bellword. ¡Todo el mundo debe saber que pretende volar esta base espacial!

—De hacerlo así, el pánico cundiría.

—¡Mejor! —se reafirmó Steve Hasckin—, Así correrán más hacia las rampas de lanzamiento. Allí, todas las naves disponibles recogerán al personal que logre llegar.

—¿Vamos a abandonar el Plutón 1?

—No hay más remedio...

—Pero...

—El coronel Collins lo ha dispuesto así. ¡No hay otra salida!

—Pero Pamela... —logró esta vez terminar su pensamiento David Lansbury.

—Le he dicho que la voz de McGavin llegará a todos los rincones. Nadie se quedará sin saber lo que tiene que hacer.

—Pero... ¿y si está encerrada? ¿Y si ese loco no la deja salir de sus habitaciones?

—La doctora Ross tendrá que luchar: ¡Tendrá que llegar como pueda a las rampas de lanzamiento!

—¡Eso es tanto como sentenciarla, teniente Hasckin!

—Una cosa es cierta, David: todo esto volará en un millón de pedazos dentro de poco. A tipos como ése no hay forma de convencerles. Se aferran a sus locas ideas hasta última hora. Lo que empezó por su desobediencia, poco a poco, acontecimiento tras acontecimiento, se fue complicando. Al general Bellword ya no le quedan más que dos opciones, que en el fondo viene a ser lo mismo para él.

—Sí, comprendo, teniente.

—Las cosas están así. Han muerto muchos. La lucha sigue. Así que, o nos vencen o nos rendimos, y nos haría desaparecer, o le vencemos a él, para que afronte todas sus responsabilidades. ¿Y qué le pasaría?

—Sí, claro... Preferiría morir con todo esto.

—¡Sin dudarlo! El coronel Collins también opina así.

En medio de aquel terrible caos, cuando más de tres mil personas vivían la incertidumbre de aquellos momentos tan críticos, desde su departamento de comunicaciones Robert McGavin y todos sus ayudantes se empeñaron en llegar con sus voces hasta el último rincón del Plutón 1. Todos los altavoces, todos los visófonos y hasta todas las pantallas de televisión empezaron a zumbar, para transmitir las instrucciones que se debían seguir.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Total evacuación de la base! ¡Todos deben acudir a las rampas de lanzamiento! ¡Queda sólo dos horas para abandonar el Plutón 1!

Y la voz del joven Gary Hampton también anunciando:

—¡El general Bellword ha programado potentes cargas explosivas, que sólo él sabe dónde están! ¡Hay que evacuar la base

inmediatamente! ¡Inmediatamente!

Los pasillos, corredores y escaleras empezaron a llenarse de un hormiguero humano que, excitado, a voces, y empujándose los unos a los otros, corrían en busca de la posible salvación.

Incluso los hombres que hasta aquellos instantes habían permanecido fieles a las órdenes del general Joseph Bellword, tras la primera duda, tras intercambiar comentarios y discusiones entre ellos mismos, soltaron las armas y se unieron a los otros.

El mismo sargento eligió a cinco de sus más fieles hombres y tajantemente ordenó:

—¡A la séptima planta! ¡Es preciso hablar con el general Bellword!

—Sí, sargento.

En aquel sector aún funcionaban las cintas transportadoras en los pasillos y los ascensores. Lo único de lo que no se disponía por allí era de comunicaciones: todos los circuitos de los intervisófonos y la televisión habían sido hábilmente manipulados desde el departamento central que seguía rigiendo Robert McGavin y sus ayudantes.

En cierta forma, ante tantas puertas abiertas, tantos puestos abandonados y tantos hombres y mujeres buscando las plantas bajas gritando y corriendo, el Plutón 1 daba la impresión de ser un enorme transatlántico que se hundía en pleno océano.

La realidad aún era mucho peor: el Plutón 1 terminaría desintegrándose en medio del espacio infinito, a miles de millones de kilómetros de la madre Tierra.

Las barcas de salvamento serían las modernas astronaves X-Z, si podían despegar para iniciar una larga travesía, que podría ser el planeta más próximo, y si era posible, la Tierra.

Cuando el sargento Perry y sus cinco hombres llegaron ante la puerta del despacho del general Bellword, aunque introdujeron sus tarjetas de plástico en la ranura correspondiente para que los isótopos radiactivos le identificasen al general quiénes eran sus visitantes por su cifra atómica, las puertas no se abrieron.

Tampoco era posible comunicarse con el general.

—¡No quiere recibirnos! —temió uno de los hombres del sargento Perry.

Este quedó ceñudo unos instantes, hasta que adelantó el brazo y

ordenó:

—¡Disparad! ¡Abriremos un boquete!

Cinco armas empezaron a lanzar sus rayos de fuego contra la puerta metálica, que no tardó en empezar a ponerse al rojo vivo. El castigado metal lanzaba humo, pequeñas llamas, y empezaba a fundirse. Sus virutas de acero descendían como lágrimas de plomo fundido hacia el piso alfombrado, pero también metálico.

Al fin, la puerta debió ser accionada desde el interior y se abrió. Los seis visitantes vieron el fondo, de pie pero detrás de su monumental mesa de despacho, El general Joseph Bellword, con las manos cruzadas a la espalda y una actitud huraña y desafiante en su rostro, donde se movieron sus finos labios al reprochar:

—¿Cómo se atreve a tanto, sargento Perry?

—Mi general...

—¡Póngase firmes para hablarme!

Como un autómata, Perry obedeció y sus cinco hombres le imitaron, llevados por la costumbre. Pero el primero se atrevió a decir:

—¿Es verdad, mi general?

—¿A qué se refiere, sargento?

—Están evacuando la base, señor. Todo el mundo corre, para huir de aquí en las astronaves.

—No me extraña... ¡Las ratas siempre abandonan el barco que se hunde! ¡Típico de cobardes!

—Pero, mi general... ¿Es cierto que ha programado cargas explosivas, para volar el Plutón 1?

—No tengo por qué darle explicaciones, sargento Perry. Ni a usted, ¡ni a nadie!

—Contésteme, mi general.

Ante el obstinado silencio de aquel hombre, uno de los acompañantes del sargento gimió:

—¡No queremos morir, mi general!

—¿Otro cobarde? —se limitó a musitar Bellword, tras fulminar al hombre con la mirada.

Más concreto, por estar aún más entero también, el sargento Perry volvió a indagar, aunque en su voz ya no había tanto respeto.

—¿Por qué ha hecho eso, mi general?

—¿Cómo he de repetirle que no tengo por qué darle

explicaciones?

—Bien, señor… Lo siento, pero lo que sí tendrá que darnos es la posición de esas cargas. ¡El Plutón 1 no volará!

—¡Yo le digo que sí! ¡Lo he decidido!

—Allá usted si quiere terminar con su vida, señor… Pero nosotros…

—¿Ustedes qué, sargento?

—Se lo ha dicho mi compañero, señor. ¡No queremos morir!

—¡Lo harán! ¡Y firmes en sus puestos!

—Esta vez se equivoca, señor… ¡Ya no hay ningún puesto que cumplir!

—Siempre hay uno. ¡Morir con honor!

—Eso se lo regalamos para usted.

El sargento Perry, por primera vez en todos los años que estaba destinado allí, miró a los ojos del hombre al que siempre había obedecido. Y cuando sus manos empezaron a levantar el arma mortífera, su voz también sonó distinta al amenazar:

—Bien, señor… No me deja elección… Nos dice dónde puso esas cargas… ¡o le mato!

—¡Dispare ya! —retó el general a su vez—. ¿A qué espera?

—¡No me obligue!

—¡Lo hago! Me da lo mismo morir de una forma u otra.

—Verdaderamente usted está loco. ¡Ahora sí que les creo a ellos!

—Pues únase a toda esa pandilla de cobardes que huyen. ¡Vayan con ellos! ¡Seguro que el coronel Collins y el comandante Lansbury les recibirán con los brazos «abiertos»!

—Siempre será mejor que morir estúpidamente aquí, destrozados.

—¿Estúpidamente ha dicho, sargento?

—¡Sí! Porque la causa no es noble ni digna, mi general… ¡Sólo obra así por soberbia!

—Los hombres como yo no hemos nacido para perder.

—En ese caso, le haré un último favor, mi general…

—¡No quiero agradecerle nada, sargento Perry!

—Pero yo quiero darme ese gustazo.

—¿Cuál?

—¡Este, mi general!

E impasible, sin que se moviese un solo músculo de su rostro, el

sargento Perry presionó sobre el botón de su mortífera arma, disparando el rayo de fuego que en una fracción de segundo convirtió en cenizas ardientes el cuerpo alto y rígido del general Joseph Bellword.

Con el arma al brazo, pero avanzando cada vez con menos precauciones, David Lansbury llegó a la séptima planta sin encontrar ya a enemigos con los que enfrentarse.

Lo importante ahora no era luchar en uno u otro bando, sino huir de allí lo antes posible.

David Lansbury se encontró con los últimos que abandonaban sus puestos, cargando desesperadamente con sus pertenecías particulares y corriendo hacia los ascensores que no dejaban de funcionar.

Cuando llegó ante la puerta del despacho del general Bellword, penetró en quel recinto que siempre había sido como sagrado para todo el personal de la base. Le bastó una ojeada, para empezar a adivinar lo que había pasado allí y, sin entretenerse, sobre el tablero de mandos empezó a pulsar los circuitos que abrían las puertas del fondo.

Antes de poder localizar a la mujer amada con la vista, un grito de Pamela Ross le hizo girar con prontitud la cabeza.

—¡David! ¡Amor mío!

—¡Pamela!

Corrió hacia la muchacha, que al oír que penetraba alguien en el amplio y lujoso dormitorio había corrido a refugiarse al fondo. Los dos jóvenes se fundieron en un abrazo, hasta que el hombre anunció, acariciando aquellos dorados cabellos:

—Vamos, Pamela. ¡No podemos permanecer más tiempo aquí!

—¿Dónde está ese monstruo? ¿Cómo te dejó llegar hasta aquí?

—Vamos, mujer —insistió David Lansbury—. ¡No debemos perder tiempo!

—¡Espera! ¡No piensas llevarte eso!

El piloto miró hacia donde señalaba la mujer. Reconoció parte del valioso material perteneciente a su abuelo, y que él mismo había estado examinando. El general Bellword lo había trasladado a sus habitaciones, pero ahora sería imposible llevárselo todo.

—Cargaremos con lo que podamos —decidió.

Minutos después ya estaba corriendo por los pasillos» para

descender en uno de los ascensores hacia la planta baja.

En los hangares había un alboroto indescriptible. Todo el personal se había concentrado allí y se disputaban a brazo partido subir a las naves X-Z ya dispuestas a despegar.

Secundado por algunos hombres, el coronel Collins intentaba poner orden, alzando los brazos al gritar:

—¡Calma! Si hacemos bien las cosas, habrá tiempo suficiente. ¡Un poco de orden, por favor!

Era prácticamente imposible abrirse paso y David Lansbury tuvo que pedir:

—¡Por favor! Tengo que pilotar una de esas naves...

Cuando llegaron junto al coronel Collins, le gritó:

—¿Dónde diablos se había metido, comandante? ¡Ah, ya veo! Encantado de verla, doctora Ross.

—Lo mismo digo, coronel.

—Arriba, David. Le está esperando aquella X-Z.

—A la orden, coronel. Vamos, Pamela.

En aquel instante el teniente Hasckin se acercó:

—¿Qué hacemos con Perry y sus hombres, coronel?

—¡Por dios, teniente! ¿Acaso pensaba dejarlos aquí...?

—No, pero...

—¡Arriba también con ellos! Ya tendremos tiempo de aclarar con más tiempo y calma todo esto.

—Bien, señor.

Las rampas de lanzamiento empezaron a funcionar. Una tras otra, las X-Z fueron propulsadas, hasta que al fin partió la última.

El Plutón 1 quedaba totalmente deshabitado.

Ya no latía la vida allí.

Pero antes de seguir alejándose, desde su puesto de mando, David Lansbury decidió:

—Debemos esperar.

—¿Para qué? —quiso saber el coronel Collins.

—Es posible que el general Bellword sólo soltase una de sus bravatas y...

—No seas ingenuo, por favor, David. ¡Seguro que colocó las cargas explosivas!

—¿Y si no lo hizo, coronel?

—Pues...

—Debemos comprobar si el Plutón 1 explota o no, señor.

—¡De acuerdo! Transmitan a las otras naves que se mantengan a prudente distancia. No iniciaremos Ja travesía hasta esa comprobación.

La espera se hizo interminable.

Pero exactamente a la hora fijada por el general Joseph Bellword, la primera base espacial puesta en órbita en torno al planeta Plutón, la última avanzada de la raza humana, explotó en el espacio como si fuese una gigantesca bomba de mano.

Una vez más, en la ya larga historia del hombre, la soberbia había prevalecido sobre la razón...

Aquello era como el fin de un mundo.

Un mundo hecho con inteligencia, audacia y técnica, para que sirviese como plataforma a futuras conquistas, cuando sus creadores ya estaban dispuestos a lanzarse al hiperespacio, fuera incluso de su Sistema Solar.

Observando las gigantescas explosiones a través de la pantalla, Pamela Ross musitó quedamente:

—¡Qué lástima!

Junto a la mujer, David Lansbury presionó con uno de sus brazos la cintura femenina y a su vez comentó:

—No te preocupes, cariño. Construiremos un Plutón 2... ¡Y un tercero, y un cuarto! ¡Muchos otros más!

—Pero eso ha significado un paso hacia atrás.

—Hasta ahora, la Humanidad siempre ha avanzado así, Pamela.

—¿Es que son necesarios los errores?

—No, mi vida.— ¡Pero aún no somos ángeles! ¿Comprendes?

—Sí, David... ¡Y Joseph Bellword era un demonio!

—Simplemente un hombre soberbio, diría yo.

—Hay algo que no podrá evitar. Todo lo que estudió tu abuelo y todo el valioso material que fue recopilando, servirá para mucho.

—No lo dudes, Pamela. ¡Y eso me permitirá dar pasos de gigante!

Y con la esperanza en sus ojos y en sus corazones, se besaron...

FIN